

Los Maestros cuentan

Relatos de los maestros ganadores del
Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de
la Educación, año 2014



Alcaldía de Medellín

Este libro fue posible gracias al apoyo de las siguientes empresas y fundaciones en el año 2014



Los Maestros cuentan

Relatos de los maestros ganadores
del Premio Ciudad de Medellín a la
Calidad de la Educación, año 2014



Los Maestros cuentan

Relatos de los ganadores del Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación, año 2014

Medellín, Colombia
2016

Alcaldía de Medellín
Secretaría de Educación

Federico Andrés Gutiérrez Zuluaga
Alcalde de Medellín

Luis Guillermo Patiño Aristizábal
Secretario de Educación de Medellín

Jorge Iván Ríos Rivera
Subsecretario de la Prestación
del Servicio Educativo

Héctor Jaime Rendón Osorio
Subsecretario Administrativo
y Financiero de Educación

Carolina Franco Giraldo
Subsecretaria de Planeación Educativa

Pedro Ignacio Mora Franco
Líder de Programa Asistencia Técnica Equipo
de la Subsecretaría de la Prestación del
Servicio Educativo

Jairo Andrés Trujillo Posada
Coordinador Programa Premio Ciudad
de Medellín a la Calidad de la Educación,
Secretaría de Educación de Medellín

Equipo de Comunicaciones
de la Secretaría de Educación

Aliados estratégicos

Rafael Aubad López
Presidente Ejecutivo Fundación Proantioquia
Luz Celina Calderón Gutiérrez
Coordinadora del Premio Ciudad de Medellín
a la Calidad de la Educación, Fundación
Proantioquia

Comité Académico del Premio

Primera edición
ISSN: ISSN: 2539-5297

Realización
Concepto Visual Comunicaciones

Compilación y edición
Patricia Nieto
Jorge Mario Betancur

Fotografía
David Estrada
Julián Roldán

Corrección de textos
Álvaro Molina

Diseño y diagramación
Minkalabs - Estudio Creativo

Impreso y hecho en Colombia

Impresión Publicaciones VID

Esta es una publicación oficial del Municipio de Medellín. Cumple con lo dispuesto en el Artículo 10 de la Ley 1474 de 2011 Estatuto Anticorrupción, que dispone la prohibición de la divulgación de programas y políticas oficiales para la promoción de servidores públicos o candidatos.

Queda prohibida la reproducción total o fragmentaria de su contenido, sin autorización escrita de la Secretaría General del Municipio de Medellín. Así mismo, se encuentra prohibida la utilización de características de publicación que puedan crear confusión. El Municipio de Medellín dispone de marcas registradas, algunas de estas citadas en la presente publicación, que cuentan con la debida protección legal.

Todas las publicaciones de la Alcaldía de Medellín son de distribución gratuita.

Los Maestros cuentan

Relatos de los maestros ganadores
del Premio Ciudad de Medellín a la
Calidad de la Educación, año 2014



Contenido

Presentación	10
Mención Samuel Barrientos Restrepo	13
Astrid Elena Cano Zapata	14
<i>Cómo aprender matemáticas sin odiarlas</i>	
Silvia Luz Marín Marín	26
<i>Niños científicos: asombrados y asombrosos</i>	
Verónica Valderrama Gómez	36
<i>Un palacio para la estadística</i>	
Distinción Cecilia Lince Velásquez	47
Ana María García Gómez	48
<i>Palabras desde un Rincón del corazón</i>	
Luz Marina Rodríguez Agudelo	60
<i>Crecer y ayudar a crecer</i>	
Luz María Arango García y	
Libia Esperanza Valencia Castiblanco	72
<i>Sinfonía Montessori</i>	
Sor Silvana Vélez Álvarez	82
<i>Leer la vida</i>	

Medalla Cívica Luis Fernando Vélez	96
Eldy Eliana Zuluaga Soto	98
<i>Cantantes de manos aladas</i>	
Martha Ligia Restrepo Henao	110
<i>Próxima estación: aventura</i>	
Claudia Victoria Llano Restrepo	122
<i>A la maestra que me miró</i>	
Ganadores Premio Ciudad de Medellín a la Calidad Educativa 2014	134

Los
Maestros
cuentan



Presentación



La Escuela sos vos

En las aulas de clase los niños, niñas y jóvenes se forman en habilidades lingüísticas, científicas, artísticas, matemáticas, entre muchas otras. Los maestros y maestras son los primeros en alegrarse cuando sus estudiantes aprenden los colores en inglés o cuando entienden el proceso de reproducción celular. Y son los primeros en asumir el reto de tener la paciencia necesaria de explicar un concepto hasta que sus alumnos lo comprendan.

Las discusiones académicas que ocurren en los recintos escolares son supremamente valiosas. Pero siempre he pensado que cuando un niño resuelve un problema matemático está haciendo mucho más que eso: está aprendiendo a enfrentar los retos de la vida.

Luego de unos años de graduarse del colegio, es posible que la gran mayoría de los alumnos no recuerden exactamente cuántas estrofas tiene un soneto o cómo hacer una clave de sol, pero casi con seguridad sabrán que si tienen dificultades con un compañero de trabajo es mejor hablar. Los adultos de hoy aprendieron de sus maestros fórmulas para vivir y maneras de pensar que utilizan todo el tiempo en sus vidas cotidianas.

Las **maestras** y los **maestros** ganadores del Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación nos comparten en la publicación *Los Maestros Cuentan* aquellas experiencias que contribuyen a transformar vidas de niños, niñas y jóvenes. *Los Maestros Cuentan* es una publicación que contiene una serie de relatos motivadores que invitan a la reflexión y a la construcción de nuevos aprendizajes a la vez que se convierten en testimonio de lealtad, orgullo y admiración hacia nuestros docentes como referentes de ciudad.



Las **maestras** y los **maestros** que protagonizan estas narraciones han trascendido su quehacer, demostrando la importancia de sus prácticas pedagógicas en beneficio de sus estudiantes y su comunidad académica. Estas historias son más que eso: son realidades que nos han ayudado como sociedad a ser mejores.

Bienvenidos a esta lectura. Seguiremos relatando las experiencias de los maestros, pero sobre todo garantiremos el reconocimiento de su labor, porque tenemos mucho que agradecerles. Y recuerden, maestros, que Medellín cuenta con ustedes para hacer de la ciudad un mejor lugar.

Federico Gutiérrez Zuluaga

Alcalde de Medellín



Samuel Barrientos Restrepo fue secretario de educación departamental, rector de la Universidad de Antioquia entre 1955 y 1957, y fundador del Liceo Marco Fidel Suárez. Su vida fue una permanente cátedra de dignidad, grandeza y preocupación por la educación de los jóvenes de Medellín.

Mención

Samuel Barrientos Restrepo







Astrid Elena **Cano Zapata**

Cuando estaba en tercero de primaria, las matemáticas eran su peor pesadilla. Sufría cuando su maestra la sacaba al tablero y las cuentas le fallaban. Ese temor no lo sienten sus alumnos de la Institución Educativa Ramón Múnera Lopera. La profesora Astrid se ha encargado de que los niños se enamoren de sus clases de matemáticas. En dieciocho años de trabajo ha logrado que los estudiantes se acerquen a los números a través del juego y la investigación. Por su trabajo y dedicación, ganó la Mención Samuel Barrientos Restrepo, del Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación en el 2014.



Cómo aprender matemáticas sin odiarlas



Antes de que la profesora llegara al salón, ya estábamos de pie, en fila y listas para la clase. En un ritual mecánico, casi reflejo, nos decía:

—¡Buenos días, niñas!

—¡Buenos días, profesora!

—En el nombre del padre, del hijo... Siéntense por favor y saquen el cuaderno.

La profesora escribía en el tablero las operaciones que debíamos resolver: "55+23=", "37+33=", "73-54=", "7x9=", "95÷5=". El listado parecía infinito: sumas, restas, multiplicaciones, divisiones. Así, mientras cursaba mi grado tercero, solían empezar las clases de matemáticas. Cálculos que nunca pude realizar porque solo sabía contar con los dedos de la mano, y cuando la profesora pedía el resultado yo no había terminado. Para colmo de males, si las cuentas no me daban, no podía salir a recreo.

Cuando se trataba de sumas más complejas, debíamos poner los sumandos uno debajo del otro, haciendo coincidir las unidades con las unidades, las decenas con las decenas... No entendía eso de llevar una cifra a la columna de la izquierda. ¡Ni qué decir de las restas! "Cuando las unidades no tienen para restar, paso donde el vecino a que me preste uno. Si este no tiene, paso donde el otro vecino a que me preste diez. Este me presta uno y queda con 9. Yo quedo con diez más, mi amigo con nueve y el otro vecino solo prestó uno que vale diez...".



¡Qué asunto tan complicado! No lo podía entender ni mucho menos aplicarlo. No tenía más remedio que aprenderlo de memoria y cruzar los dedos para que los cálculos no fallaran. Las multiplicaciones también eran una pesadilla: la profesora nos exigía que recitáramos las tablas de multiplicar. Quizá las logré repetir como un loro, pero no las entendía. Más complicado aún, el asunto de las divisiones. Y la historia se repetía en cuarto, quinto...

Recuerdo cuando la profesora, con un dedo inquisidor, me señaló y dijo: "Tú, sal al tablero y escribe el siguiente número: 2.348". Mientras el temblor se apoderaba de mí, logré, con esfuerzo, escribirlo así: 2000300408. Traté de recordar esa casilla que me enseñaron para ubicar los números según las unidades, decenas y centenas. "¡Desatenta!, eso es lo que eres. Siéntate, saca el cuaderno y busca el tema". Me avergoncé, mis ojos se humedecieron. La profesora se enojó y me recordó que el día anterior habíamos transcrito del libro al cuaderno cinco hojas sobre el sistema de numeración. Nos hizo repetir, a través de la voz de una de mis compañeras, la lección: "El sistema de numeración decimal es un sistema de numeración posicional en el que las cantidades se representan utilizando como base las potencias del número diez...".

¡Matemáticas! En estos primeros años fue toda una angustia. Aunque, en resumen, siempre en mi paso como estudiante, aprender matemáticas consistía en saber muy bien las tablas y hacer las operaciones. ¡Parecía tan fácil!

Sin embargo, frente a las vicisitudes que se nos presentan en la infancia y en la adolescencia, siempre tenemos a alguien que nos apoya. Recuerdo a mi abuela. Su sola presencia infundía respeto. No era robusta, pero sí era alta y "troza". Era como una matrona, una mezcla de autoridad y ternura. Ella sobrellevó sola el deber de criar y educar a sus ocho hijos e hizo parte también de la formación de varios de sus treinta y nueve nietos. Ella —a punta de cantaleta, pescozones y palmadas, abrazos y bendiciones— me enseñó a ser responsable y a cumplir con mi deber.

También pienso en mi madre, una mujer muy trabajadora y comprometida con nuestra formación que siempre inspiró en mí el respeto a la vida. Y ni qué hablar de la madre Navas, la superiora del colegio donde estudié mis primeros años. La recuerdo con mucho cariño y agradecimiento porque siempre apoyó a mi familia. Ella motivó a mi madre para que, además del salario que recibía por trabajar en el colegio, mejorara sus ingresos y ahorrara para conseguir una vivienda propia. Aunque era una especie de matrona dentro de la comunidad educativa, en el fondo podía percibir su cariño.



La persistencia de mi madre y de mi abuela en ofrecerme la mejor educación me permitió superar las dificultades. Con su ayuda, terminé la secundaria y, motivada por mis dificultades tempranas en la escuela, me propuse continuar la educación superior.

Elegir un pregrado no fue fácil. En aquella época no contábamos con especialistas que nos ayudaran a tomar una determinación más certera. Sin embargo, por recomendación de un familiar muy especial, a propósito, sicólogo, tomé la decisión de estudiar una licenciatura.

Hacerme maestra fue un asunto retador. Mis primeras prácticas fueron todo un desafío. En 1997 llegué a la escuela Alto de la Cruz, asentada en las faldas de la montaña que rodea a Medellín por el nororiente. Jamás podré olvidar mi primer día de clases en aquella escuela que ni siquiera tenía identificación oficial. En los muros de la fachada decía: "Milicias Populares".

No solo los niños estaban ansiosos en el aula, las madres, incrédulas, también fueron a conocer a la nueva maestra de la escuela abandonada. Me sumergieron en una marea de historias de miedos y muertes, pero, al mismo tiempo, me brindaron la confianza y la generosidad propias de la gente humilde. Desde aquel día no he dejado de escuchar las historias de vida de los niños, sus relatos son indispensables en mi práctica pedagógica.

Me advirtieron el peligro, pero veía la posibilidad de ayudar a los niños de esta comunidad tan abandonada a su suerte. Con temor, pero también con ilusión, arranqué hacia el morro. Doña Selmery, quien se encargaba de la institución y de mantener a la Secretaría de Educación al tanto de lo que allí sucedía, me recibió amablemente. Se mostró muy contenta de acoger a una profesora que, a pesar de las dificultades, se quedaría con los niños. Me contó que llevaban dos meses sin maestros, pues a los que estaban los habían amenazado y los que llegaban salían desconsolados después de recorrer la escuela.

El segundo día fue toda una sorpresa. Al parecer, doña Selmery le contó a toda la comunidad que había llegado una profesora para quedarse. Mientras subía el morro, los padres y madres de familia salieron con sus hijos, como si hubiera llegado el mismísimo presidente. Alcancé a ver y a oír cómo susurran: "Miren a la profesora nueva, se va a quedar". Los niños me tomaban de las manos, como si hubiese llegado un ser de otro mundo, me abrazaban y me tocaban para comprobar que era verdad. Fue todo un acontecimiento.

"¿Usted tan bonita y jovencita es profesora?", me preguntó doña Soledad mientras me invitaba a su casa, un rancho humilde, con una dignidad que se reflejaba en las ollas y los sartenes que colgaban en su improvisada cocina,



ordenados y relucientes como no los he vuelto a ver. Me invitó a tomar chocolate y me felicitó por mi decisión. Desde entonces, nunca me faltó la tasa de su chocolate espeso y tibio.

Fueron muchos los acontecimientos violentos que tuve que presenciar: muertos hallados en el camino y balaceras que se desataban en cualquier momento. Recuerdo con gran tristeza la muerte de don Nicolás, representante de los padres de familia e incansable colaborador de la escuela. Un día lluvioso llegó Wendy, su hija, quien cursaba el grado tercero, a decirme que se tenían que marchar del sector porque la noche anterior habían matado a su papá en presencia de su familia y los habían obligado a salir. Casos como este eran frecuentes. Solo nos quedaban la tristeza y el compromiso de reflexionar sobre cómo transformar estas situaciones en oportunidades de aprendizaje para los niños.

Es en esta escuela donde empiezan mis más profundas reflexiones sobre la necesidad de contribuir al mejoramiento de la convivencia. Convencida de que era posible aportar a la construcción de un mejor mañana para los niños



y, en general, para una comunidad educativa dispersa y temerosa, decidí estudiar una especialización en cultura política con énfasis en pedagogía y derechos humanos, y una maestría en sociología de la educación. Esta experiencia me fortaleció y me dio los elementos conceptuales necesarios para entender que la formación surge de los problemas que se viven en la práctica y no solo de los presupuestos de quienes elaboran tipos ideales de escuela.

Años después, fui trasladada a lo que hoy es la Institución Educativa Ramón Múnera Lopera. Allí me asignaron ser maestra de matemáticas en los grados quinto y cuarto. Fue un golpe afortunado del destino, pues tenía la oportunidad de soñar con prácticas de aula diferentes a las que viví en mi niñez y que aún siguen predominando. Me propuse enseñarles a mis estudiantes con esmero y cariño para que no sufrieran las odiseas que yo padecí en la infancia con los números.

Así que traté de olvidar las dolorosas formas de enseñar a las que fui sometida. Por fortuna, se me presentó la oportunidad de conocer las investigaciones matemáticas en el aula, una metodología de enseñanza que permi-



te que los niños puedan construir, de manera participativa y en colaboración unos con otros, los conceptos y apropiarse de ellos. Desde hace más de seis años he implementado y mejorado esta estrategia, logrando que los estudiantes comprendan que esta materia sí se puede aprender sin tortura y que, incluso, se molesten si no hay clase de matemáticas.

Más allá de los números y los algoritmos

Es lunes. Son las siete de la mañana, hora de entrar al salón del grado quinto-tres. Suena el timbre, que parece una chicharra. La avalancha de niños y niñas comienza a entrar. El ruido, los gritos y los aplausos se apoderan del salón. La declaración de amor es un gran saludo de bienvenida que nunca me ha faltado al inicio de las clases. Santiago no para de conversar con su amigo. Intento comenzar la reflexión del día y exijo su atención. "Ya voy, profe", contesta el chico y sigue hablando con su amigo. Así suelen comenzar mis clases de matemáticas.

Girlesca dice entusiasmada y alegre: "Vamos para matemáticas. Es la mejor clase. Aunque me da mucha lidia entenderla, me gusta". El salón, a pesar de que es pequeño y con poca ventilación, luce acogedor. No está organizado en filas, como en un salón tradicional, sino en forma de media luna.

Es una clase del mes de marzo. Siguiendo las investigaciones matemáticas en el aula, iniciamos un proyecto sobre las relaciones que se dan cuando se usan diferentes magnitudes no convencionales. Usamos tiras de colores y tamaños diferentes. La idea era lograr que los niños construyeran los conceptos de medición y medida sin usar el metro, y que advirtieran la dificultad de medir longitudes tan largas con instrumentos tan pequeños como unas tirillas. Ellos comenzaron a plantearse preguntas y a hacer sus propias conjeturas. Este fue un momento importante porque me permitió ver cómo los niños expresan sus razonamientos, cómo usan algunas palabras, cuáles son sus dificultades, sus aciertos o intuiciones.

Por ejemplo, Santiago, después de muchos intentos, expresa:

—Profe, es que A no cabe en B porque A es mayor.

—Profe, ¿quién tiene la razón? ¿Brayan que dice que A es dos unidades de B o yo que digo que A es el doble de B? —pregunta Maritza.

Después surgen otras inquietudes:

—Profe, yo no sabía que la unidad podía ser representada por los elementos de un conjunto; por ejemplo, con el número de estudiantes que hay en el grado quinto...



En mi época escolar no se podía ni pensar que los niños hicieran este tipo preguntas y conjeturas. La construcción y reconstrucción de los conocimientos relacionados con la medida implica que los niños reflexionen, elaboren hipótesis y las verifiquen. El trabajo con las tiras de colores permite que los estudiantes apliquen el significado de las fracciones en distintos contextos; además, les ayuda a practicar las operaciones básicas. Los niños sienten que las matemáticas son una actividad humana y no un conjunto de conocimientos que deben memorizar y repetir. Una vez más, las investigaciones en el aula me demuestran que los alumnos pueden avanzar y profundizar sin conocer fórmulas o procedimientos.

De repente, a las ocho de la mañana, afuera del salón, se escucha una discusión, aunque casi no se percibe. Es Michel, genio y figura, pequeña, pero gigante de carácter, no se deja amilanar por los apodos, burlas e insultos de Santiago. Me acuclillo frente a la niña y con una voz baja y suave logro

tranquilizarla.

Está vestida con su falda a cuadros. Su cuello está adornado con un collar rojo y en la mano lleva una pulsera plástica amarilla, de esas que se supone repelen los mosquitos. Su pelo despeinado está trenzado y atado con un resorte verde. Sus facciones y actitudes reflejan un contraste entre la esperanza y la tragedia. Su carita es expresiva y simpática, su frente prominente manifiesta inteligencia, y sus ojos siempre permanecen despiertos y alertas. Su piel, su cabello, su estatura y su flacidez demuestran que durante sus nueve años de vida ha sufrido el abandono, el maltrato y la miseria. Y, aun así, es generosa con sus compañeros; sus palabras, lejos de ser quejumbrosas, manifiestan optimismo y gallardía frente a la vida.



Una expresión severa, entre pena y ansiedad, se posa sobre su rostro mientras logra acomodarse en una de las sillas que está ubicada frente al tablero. Y en aquel pequeño recinto, el aula de quinto-tres, Michel, sin el menor desistimiento, observa y escucha lo que pasa en clase.

Ella relaciona lo que sus compañeros dicen, con la tabla pitagórica, que está colgada en la pared para que los estudiantes la usen si lo creen necesario. Así, Michel identifica que en la tabla se repiten, de manera inversa, casi todos los casilleros; por ejemplo, 3×4 es igual a 4×3 . Ella pregunta: "Profe, ¿por qué la mitad de la tabla se repite?". Luego señala una especie de diagonal y, con sus propias palabras, les explica a sus compañeros la simetría que encuentra en la tabla. Michel anima la clase y otros estudiantes descubren que la tabla del 7 es la suma de las tablas del 2 y del 5. Michel, como en la mayoría de mis clases, se deja atrapar por la investigación y descubre las relaciones y las propiedades de la multiplicación.

Luego les dice a los compañeros: "Niños, ¿ustedes están viendo lo que yo estoy viendo? Miren: 8×7 es lo mismo que sumar 8×5 y 8×2 . También, 8×7 es lo mismo que sumar 7 veces 8, que puede hacerse sumando 5 ochos y después 2 ochos más". Los procedimientos que Michel pone en juego se basan en el uso intuitivo de la propiedad distributiva de la multiplicación con respecto a la suma.

A medida que transcurre la clase, puedo observar que los niños formulan preguntas y conjeturas a partir de una situación, luego las argumentan, las debaten, las justifican y, finalmente, llegan a un consenso. En contraste, la enseñanza tradicional de las tablas de multiplicar se realiza de manera ordenada, desde la tabla del 1 en adelante. Además, se trabaja casi siempre de forma secuenciada, es decir, desde 2×1 hasta 2×10 . Una vez memorizada esta tabla, sigue la del 3, la del 4 y así sucesivamente. Así me tocó a mí en la escuela.

Michel, con sus intervenciones, motiva en el grupo el estudio exploratorio de las tablas de multiplicar. Los niños establecen relaciones de orden multiplicativo. A partir de conteos, representaciones geométricas, análisis y resolución de problemas van aprendiendo de una forma lúdica, sin estar obligados a seguir un orden determinado.

Cuando suena el timbre para salir al descanso, Michel se me acerca sigilosamente y me dice: "Profe, Catalina nos echó de su casa porque mis papás no pudieron pagarle los servicios. Ahora estamos en un ranchito. El uniforme de educación física que usted me regaló se me perdió. Sin embargo, yo traje la tarea de matemáticas". Me entrega las hojas que fueron rescatadas del



pantano a donde fueron a parar sus pertenencias. También me cuenta que está viviendo en un ranchito sin piso, sin baño, sin piezas. Solo puede bañarse cuando una vecina le regala un balde de agua. A pesar de las dificultades, ella quiere seguir asistiendo a las clases, aunque siente vergüenza por su estado.

Mientras la escucho, pienso en algunos niños que se amilanan frente a los problemas que causan la pobreza y la desprotección. Pero hay otros como Michel que son capaces de superarse y afrontar situaciones difíciles. De inmediato siento un deseo inmenso de ayudarlo, utilizando como pretexto las matemáticas.

Michel, a diferencia de lo que viví en la escuela, me hace preguntas que yo no podía hacerles a mis maestras de primaria: "¿Por qué los números no se escriben como se leen?, ¿qué quiere decir cero al cociente?, ¿por qué tengo que bajar una cifra? ¿Si todo es tridimensional, por qué todo se representa de manera plana? A veces me hace preguntas que me ponen a pensar, a investigar y a construir la respuesta.

Enamorados de las matemáticas

24

Comienza otro día de clase en la Institución Educativa Ramón Múnera Lopera. Michel no ha entrado al salón de quinto-tres, y no me extraña. Es muy probable que llegue en una hora. De todas maneras será bienvenida, yo sé muy bien por qué. Mientras tanto, hacemos nuestra reflexión. Luego propongo una situación para empezar una pequeña investigación matemática en el aula. Los niños comienzan a explorar, a plantear conjeturas. Se escuchan refutaciones y argumentaciones aquí y allá. Están alegres porque aprenden, porque no son silenciados. Cada uno comprende que en mi clase su voz es importante.

Mientras ellos solucionan problemas, recuerdo cuando le dije a mi maestra que ya me sabía las tablas de multiplicar. Ella me exigió que guardara silencio, que no fuera a contestar mientras las preguntaba. Me hizo pensar que saber era un problema. A muchos de mis compañeros les pasó y sé que varios de ellos desistieron de la escuela, desmotivados y desahuciados.

¡Cuánto diera por que las profesoras de mi infancia estuvieran aquí para ver y escuchar a los chicos de mi clase!

Los
Maestros
cuentan



LOS DINOS



Silvia Luz **Marín Marín**

En el 2005, a la profesora Silvia Luz Marín Marín le tocó dar clases de matemáticas en la Institución Educativa Rafael Uribe Uribe del barrio La América. Su desconcierto la llevó a aprender que con juegos como el tangram y el pentominó podía enseñar de manera divertida. Diseñó el proyecto "Sembrando semillas de ciencia para la vida", reconocido en el 2014 con la Mención Samuel Barrientos Restrepo del Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación. Con esta experiencia comprendió que su tarea como maestra es enamorar y atraer a sus alumnos hacia la comprensión de lo que nos rodea.

Niños científicos: asombrados y asombrosos



Érrese un barco que transportaba un inmenso cargamento de semillas. Lo tripulaban niños, que navegaban por un mar de deseos y curiosidades frente a los fenómenos físicos y matemáticos. Querían comprenderlos y explicarlos. Los dirigía una jardinera que despertó en ellos el espíritu de la investigación. Tenían el sueño de atracar en otros puertos, con vastos terrenos para sembrar los granos, regarlos, cultivarlos y aplicar la sapiencia en bien de la sociedad.

El barco pronto quedó pequeño, pues los nautas crecieron en interés y esmero. Sus travesías, formas de viajar, objetivos y resultados fueron de gran resonancia. Su difusión convocó a nuevos infantes con sus familias. Muchos se contagiaron del deseo de viajar e incursionar en los dominios del conocimiento.

Esa nave que inició su viaje es la sección de primaria de la Institución Educativa Rafael Uribe Uribe y sus ocupantes son los pequeños estudiantes, osados e intrépidos, que surcaron los mares, traspasaron los confines de su territorio y arribaron a otros escenarios como la sección de bachillerato, donde dieron a conocer sus ideales, irradiaron un horizonte infinito y se hicieron conocer en otros colegios, universidades, ferias de la ciudad y otros países.

Nace la semilla matemática

En el 2005, yo llevaba seis años como maestra de todas las áreas en primero, en la Institución Educativa Rafael Uribe Uribe,



de carácter oficial, ubicada en La América, zona centro occidental de Medellín, a donde acuden niños de los estratos 1 a 4. En aquel año se puso en marcha la estrategia de asignar un profesor diferente para cada área en los grados cuarto y quinto. Me correspondió orientar el área de matemáticas, materia que no dominaba. En ese momento, recordé mi época estudiantil, mi tercero de bachillerato. Tenía 14 años e iniciaba las materias pedagógicas como requisito para continuar los estudios en la Normal Mariano Ospina Rodríguez de Fredonia. Era octubre de 1982 cuando me correspondió preparar y dictar una clase de matemáticas. El tema asignado fue la división de decimales. Debía enseñar eso a un grupo de estudiantes de la escuela Marco Fidel Suárez. Era mi primera clase, un evento decisivo para mi futuro como maestra. Estrenaba un vestido adornado con cintas y perlas que mi madre había diseñado. Al entrar al aula todo era silencio, me desplazaba por el salón, cumplía minuciosamente lo planeado con mis asesores porque era evaluada. Al final obtuve una buena calificación.

Los demás cursos del bachillerato continuaron con mayor intensidad en las prácticas pedagógicas y, a pesar de los desvelos y madrugadas, me interesaba más la docencia. Cumpí con mis trabajos, recibí excelentes calificaciones y obtuve el título de bachiller pedagógico a los 17 años.

Mis prácticas pedagógicas se fortalecieron con el paso de los años. Diecinueve años después de que la Normal me diera el título de bachiller normalista, ingresé al laboratorio matemáticas de la Escuela del Maestro. Allí recibí orientaciones con varios estudiantes de cuarto y quinto, y les dimos mayor dinamismo a las clases con materiales lúdicos y manipulables. En ese tiempo implementé "Semilla Matemática" en la primaria para generar ambientes de aprendizajes favorables alrededor de la ciencia, la tecnología y la investigación, con juegos didácticos dirigidos a estudiantes y padres de familia. Esta experiencia la compartí en los "Encuentros con-sentido pedagógico", realizados por la Secretaría de Educación de Medellín en los años 2009 y 2010.

En el 2011, proseguí con mis actividades del proyecto matemático, de la mano de Lisa Vanessa Posada y Bryam Monsalve, estudiantes que iniciaron el proceso de "Semilla Matemática", en el año 2005 y 2007, manipulando algunos materiales universales: el cubo de soma, las torres de hanoi, el ábaco, el tangram y el pentominó. Así afianzaron algunos pensamientos matemáticos, específicamente los conceptos de potenciación, simetría, área, perímetro.

Un medio día de febrero del 2011, Bryam y Lisa, que ya cursaban décimo grado, me abordaron, y me hicieron una propuesta: "Profe Silvia, queremos investigar acerca de los materiales didácticos utilizados en matemáticas". Em-



prendimos la tarea con el proyecto "¿Cómo contribuyen las ayudas didácticas al proceso de enseñanza y aprendizaje de las matemáticas en preescolar y primero?", que nos permitió acercarnos al programa "ONDAS" de Colciencias y al Parque Explora. Al final de ese año, se generó un impacto positivo en los estudiantes con la nominación de Bryam al Premio a la Calidad Educativa Ciudad de Medellín. En el 2012, continuó la investigación, y al grupo se sumaron 15 alumnos de primaria y bachillerato.

Lisa y Bryam eran dos estudiantes de condiciones sociales distintas: ella, hija de un abogado y una maestra, él, de una empleada de servicios varios en un banco y de un desempleado, que hacía los oficios de la casa. El 16 de septiembre del 2014 llegó don Miguel, el padre de Bryam a la biblioteca con un mensaje enviado por su hijo, que leyó ante profesores y alumnos: "Soy un estudiante cuyo proyecto de vida se vio transformado por la investigación...". Me alegré por su liderazgo en el proyecto. En la actualidad, Bryam, un muchacho crítico, y Lisa, destacada por su excelencia, estudian derecho en la Universidad de Antioquia y en la Universidad de Medellín, respectivamente.

En el año 2013, en una clase del grado segundo, escuché una frase despectiva:

–¡Profe! ¿Usted no tiene nada qué hacer? –la decía Juan Esteban Gómez, un alumno de siete años, antipático y desinteresado por las matemáticas–. ¿Por qué pone tanta tarea?

–Juan, es divertido, y además estamos aprendiendo –le respondieron otros niños.

–Lo importante es disfrutar lo que hacemos –repliqué.

Pasados unos días, se me acerca Juan Esteban y me dice: "Profe, estoy investigando el juego del pentominó, por favor me indica qué debo hacer". Transcurrieron las clases y resultó uno de los más entusiasmados con el proyecto.

Juan Esteban se asoció a otros compañeros, entre ellos Natalia, tímida y estudiosa, y participaron en la feria municipal "Armando el Mundo", de la Universidad Nacional, con su investigación "¿Cómo jugando con el pentominó se aprende matemáticas en el grado segundo?". Ambos niños dijeron a los evaluadores que la esencia del proyecto se plasma en un logotipo en forma de corazón, constituido por varias piezas del juego del tangram que representan la diversidad de pensamientos. Obtuvieron un reconocimiento que les permitió participar en la feria departamental de la Universidad de Medellín, apoyados por ONDAS.



En este mismo año, tres estudiantes del grado once participaron en la feria de la ciencia CT+I 2013 en el Parque Explora, con la investigación “Las ayudas didácticas aliadas de las matemáticas”. En esta se destacó el estudiante David Suárez, quien con su proyecto resultó ganador del Premio a la Calidad Educativa Ciudad de Medellín. Sin embargo, lo más valioso para él y para mí como docente fue viajar a México a compartir la experiencia en la Feria Mexicana de Ciencia e Ingeniería en Toluca.

Antes del viaje se nos armó un dilema. David nunca había viajado en avión, por eso se resistía a la idea de llevar los materiales de madera y metal, que eran los más vistosos y también los más grandes. Insistía en que no se los dejarían llevar en el avión, pero finalmente cedió y los repartimos en las maletas de los cuatro viajeros que representábamos a la Institución.

En el aeropuerto, en México, únicamente revisaron su maleta. “¿Por qué solo a mí?”, preguntó. Se puso pálido de solo pensar que le podían quitar la maleta. Después supe que los agentes de emigración mexicanos le preguntaron: “¿Usted viene de la tierra de Pablo Escobar?”. Él les respondió: “¡Eso dicen!, pero nosotros venimos a cambiar esa historia con ciencia e investigación”.



En la primera cena en México, no quise probar la comida por los inconvenientes que me podría provocar el picante. David, por el contrario, comió los tradicionales tacos con chile. Al día siguiente, amaneció sin voz y optó, por su exposición, dejar el chile para otro momento. El stand colombiano lo compartíamos con estudiantes de otros colegios de Bogotá y Medellín. Durante la feria, tuvimos visitantes todo el tiempo, atraídos por el cubo de soma: juego tridimensional de siete piezas, con miles de soluciones, y el pentominó, un juego de doce fichas, en el que cada ficha tiene cinco cuadrados unidos, y el reto es armar una variedad de rectángulos y figuras.

Cumplí mi sueño de visitar la virgen de Guadalupe. Allí recordé las palabras que el rector don Marco Aurelio me dijo en la rectoría: "Cuente siempre con mi apoyo", sorprendido por los logros de estos jóvenes y los 10 años de permanencia de "Semilla matemática".

Hoy en día, el proyecto ha trascendido, tanto que creamos otra propuesta: "Vamos a matricular a nuestros padres en la matemática", liderada por Lize-th Juliana, del grado séptimo, en asocio con otras estudiantes. Ellas reúnen periódicamente a diferentes padres de familia, cuyas edades oscilan entre los 27 y los 63 años, y hacen ejercicios de matemáticas alrededor del juego del pentominó. Esta situación impresiona a profesores y alumnos, que ven cómo el juego del pentominó, creado en 1954, moviliza a la comunidad educativa alrededor de la ciencia, la tecnología y la investigación.

Semillas de ciencia e investigación

En agosto del 2012 mostré a alumnos de primero una simulación sobre la energía, mediante la práctica del *skateboard*. Para dinamizar una clase de educación física y dar coherencia a la unidad temática de la energía, les sugerí a mis estudiantes traer patinetas. Josué Romero, de seis años y destacado por su creatividad e indisciplina, llevó la suya para demostrar la energía cinética y potencial. El aula se tornó emocionante porque todos querían experimentar. Me retaron a subir a la patineta, algo que jamás había hecho en mi vida. Evoqué mi infancia: siempre jugué con muñecas, pero no supe de bicicletas, patines ni patinetas. No fui capaz de desplazarme, me caí, y tuve que sentarme. Los alumnos, además de la risa, mostraron curiosidad por conocer sobre el movimiento, la fuerza, el equilibrio, aspectos propios de la energía dentro del área de la física.

Es necesario indicar que trabajé con estudiantes de primero, muchos de ellos afectados en su aprendizaje por causas familiares, sociales, cognitivas, y algunos de ellos con déficit de atención e hiperactividad.

El salón se convirtió en un centro de exposición permanente, creatividad, trabajo en equipo. Un día, unos estudiantes llegaron con el experimento "Batería de frutas" para demostrar las formas de energía: Un iPod se recarga al ser conectado, con unos cables, a las frutas (manzanas, naranjas, bananos). En otra ocasión, estuvo Jorge, el papá de Josué, y exhibió un microbicho robótico: conectó una batería y un vibrador de teléfono celular a un cepillo de dientes, y así logró que este tuviera un movimiento parecido al de una araña. También nos visitaron dos profesores del laboratorio de física de la Universidad de Antioquia, que presentaron a los niños un juego con un molino de viento y experimentos relacionados con el electromagnetismo y los generadores eléctricos.

Los alumnos iban a sus casas y realizaban los mismos experimentos que observaban en el aula. Sus padres me lo contaban en textos escritos, como el que me mandó Rosalba, madre de Irma: "Estamos muy contentos porque la niña practica experimentos en casa y lo más importante es que su hermanito de tres años, quien no es de buen comer y al escuchar que las frutas dan energía, las consume porque quiere jugar fútbol. Además, su hermano mayor Santiago, quien está en noveno, ayuda a su hermana a elaborar una luciérnaga y quiere enseñar robótica a niños de primero y segundo".

La institución tiene semilleros de investigación integrados por estudiantes de primaria y bachillerato. Entre ellos: "Microbichos robóticos", que se presentó en los programas de televisión "Wikids" de Teleantioquia y "Pensando en grande" de Telecafé y Disney Interactive. En estos programas, que muestran casos de niños destacados en la ciencia, Josué, sus padres y yo compartimos los logros académicos, especialmente los de las clases de robótica que desarrollamos con niños de preescolar.





Niñosaurios que cultivan la ciencia y la investigación

En el 2014, en una de las clases, Constantino, un niño apasionado por los dinosaurios, del grado primero, dice: "Hay paleontólogos que investigan, hacen hallazgos y nunca son premiados, pero lo importante es que llegan a un concepto: profe, o sea que usted es un velociraptor antiguo y nosotros somos actuales". Esta reflexión la hizo después de su participación en la "rueda del conocimiento" en el Parque Explora, donde un tutor nos habló de la evolución, para establecer la relación de los dinosaurios con los animales actuales.

Los niños de preescolar y su profe Marisol investigaron "¿Qué les pasó a los dinosaurios?", y en el grado primero continuaron: "¿Cuál es la relación de los dinosaurios con las especies animales actuales?". Conforman así el grupo "Paso a paso con los niñosaurios", integrado por niños de diferentes barrios, de cinco y seis años de edad, entre ellos Constantino, quien sueña con ser paleontólogo, y que vive en Simón Bolívar; Samuel, estudioso, cuya pasión es el fútbol, y su casa está ubicada al frente de la escuela; Miguel Ángel, del barrio Belencito Corazón, con destrezas artísticas, que sueña con ser sacerdote; y Valery, del sector de San Javier, designada líder investigativa, que sueña con ser alcaldesa ambiental.

34

Las familias asumen estas aventuras de los niños. Es el caso del abuelo de Valery, quien halla unos huesos de una mula en Sopetrán y los relaciona con los dinosaurios. Pasados unos días, los niños observan cómo los huesos de la mula, que fueron lavados con detergente, se desgastan, y se preguntan: ¿Qué tan dañinos pueden ser para nuestros huesos algunos productos líquidos que manipulamos? Se denominan el grupo de investigación "Huesitos sanos".

Estos pequeños contagian a otros compañeros, como Juliana y Juan Pablo, de segundo, diagnosticados como hiperactivos, quienes indagan: "¿Cómo será un día en el témpano donde habitan los pingüinos si no hay sol?". Ellos, Juan José y Jesús David se denominan "Los pingüinos ¿Un problema, qué problema?", a partir de la lectura del libro "Nuestro témpano se derrite", fábula orientada en clase y articulada al proyecto PRAES y jornada complementaria ambiental, para el cuidado del planeta.

"Lo más emocionante ha sido cuando contactamos unas paleontólogas de la Universidad de Florida por Skype y dialogamos con ellas de animales prehistóricos; la asistencia a museos; conversatorios sobre la tierra y el espacio; las exposiciones en otros colegios; y lo mejor, cuando nos muestran por



la TV", dicen los cuatro niños, en voz alta, en la Feria internacional en Parque Explora, donde fueron ganadores en la categoría preescolar.

Para mí, lo más gratificante es ver cómo los estudiantes, con el paso del tiempo, disfrutan lo que emprenden, por lo que afirmo: "Nuestra tarea como docentes es enamorar y atraer a nuestros alumnos hacia la comprensión de lo que nos rodea". He aprovechado al máximo cada día de los veintinueve años de mi labor. Mi trabajo de maestra ha sido como el de un jardinero que ha preparado el terreno. He sembrado una semilla que está germinando, esperando que crezca, florezca y produzca frutos, con el ánimo de servir a mis estudiantes. Son muchas las aventuras que se han dado a lo largo del recorrido. Se navega por aguas claras y pacíficas. Se atraviesa por mares azules y de leva. Se cruza por océanos oscuros y tormentosos. Algunas de las vicisitudes hacen zozobrar el crucero, pero impera la calma de sus ocupantes, los niños conservan sus sueños, las semillas no se desperdician en las aguas por la osadía y la valerosidad de la jardinera, y el temido naufragio jamás se presenta porque la embarcación ha arribado a tierras firmes, a continentes provistos de tierras provechosas, donde perduran las plantas con sus frutos y semillas.





Verónica Valderrama Gómez

No es arquitecta, es una maestra que tiene la vocación a flor de piel. Ella, sin embargo, fue quien construyó "Palacio de la diosa Safnkit Estocástica", un fascinante juego virtual que además de atrapar el entusiasmo de sus estudiantes de básica primaria, logra que al mismo tiempo aprendan conceptos de la estadística y las matemáticas. Esta nativa digital es licenciada en Matemáticas de la Universidad de Antioquia y máster en Enseñanza de las Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad Nacional.



Un palacio para la estadística



De visita a la diosa Safnkit

Los niños entraron en silencio a la sala de sistemas y se ubicaron, cada uno, frente a un computador. Sabía la expectativa que tenían, pues desde la semana anterior les había contado que iniciaríamos un hermoso proyecto que les ayudaría a aprender mucho; y lo más importante, con el que nos divertiríamos aún más. Desde ese momento, los niños no hicieron otra cosa más que preguntar acerca del inicio del juego, del tiempo de clase destinado a él, de cómo funcionaba. Les generó una inmensa motivación e ilusión saber que podrían jugar y aprender al mismo tiempo.

Así que al fin llegó el día prometido. Encendieron los computadores y, paso a paso, les di las instrucciones para entrar a un palacio que había construido para ellos, "Palacio de la diosa Safnkit Estocástica", un nuevo mundo que les permitiría conquistar la estadística, asignatura en la que, hasta ahora, no les iba muy bien. Primero les pedí que se registraran en el juego y que tuvieran muy presentes el usuario y la contraseña que él les asignaría. Luego, cada uno de los niños creó su propio avatar, es decir, la imagen que los identificaría. Lo hicieron según su color del cabello, de la piel y de los ojos.

Cuando al fin entraron al palacio, algunos no contenían los gritos de euforia mientras descubrían todo lo que podían hacer en el juego: comprar ropa, zapatos, máscaras, bolsos, medios de transporte; ir a la peluquería, a la biblioteca; adoptar una tierna mascota. "Esto será la sensación", dijo doña Eumelia, la coordi-



nadora, quien me acompañó en la actividad y observó emocionada la alegría de los niños.

Aquellos 17 niños de Quinto C tenían una dinámica de clase diferente a los demás estudiantes de primaria. Contaban con una sola docente para la mayoría de las áreas, excepto para matemáticas, estadística, inglés y educación física. Yo era su "profe" de estadística y matemáticas durante siete horas a la semana, la mayor intensidad horaria de mi asignación académica.

Recuerdo que estaban en un aula bastante pequeña, pero muy acogedora. La primera vez que entré allí, logré percibir en el grupo un ambiente cálido y ameno. Sin embargo, las dificultades académicas se dieron cuando, al iniciar las temáticas, los estudiantes demostraron muchas debilidades conceptuales en ambas asignaturas, especialmente en estadística.

No entendían bien cómo tomar registros, realizar tablas y otros gráficos estadísticos, ni interpretaban esos elementos básicos de la estadística a la luz de un contexto determinado. No comprendían para qué el uso de la estadística ni dónde podía aplicarse, solo sabían, hasta entonces, que hacía parte de esa materia que ellos llamaban "matecaspa". Así que me propuse el reto personal de lograr que amaran la estadística —y de paso las matemáticas—, para lo que aproveché mi trabajo final de maestría. Me enfoqué específicamente en un tema: la tabulación y graficación de frecuencias.

Me pregunté muchas veces cuál estrategia de enseñanza podría motivarlos frente a los aspectos académicos, y fue un sábado, en la clase TIC1 en la maestría, cuando llegó la idea que tanto esperaba. "Vero, vos que sos tan buena para esto de la tecnología, ¿por qué no hacés tu trabajo final bajo la línea de juegos digitales? Yo te ayudo", me dijo el profesor Alejandro Piedrahíta Ospina. Por él siento un especial aprecio y desde ese entonces se convirtió en mi aliado y asesor. La idea de realizar mi trabajo bajo esta línea investigativa fue maravillosa. Era lo que necesitaba, puesto que entraría en sintonía con lo que en la actualidad motiva e interesa a los estudiantes: la tecnología.

De la mano de Alejandro empecé a diseñar el juego en una plataforma llamada Erudito, la cual, desde su entorno amigable e interactivo, me permitió gestionar y crear la ruta de aprendizaje de "Palacio de la diosa Safnkit Estocástica". Así llamé mi juego, haciendo alusión a Safnkit, la diosa egipcia de los libros y las cuentas. Según cuenta la historia, ella era de vital importancia en la toma de decisiones por parte del Faraón, y el mayor amuleto de los egipcios para pedir sabiduría en el manejo y la administración de bienes y dinero.

Con el protagonismo de Safnkit generé una narrativa al interior del juego virtual. Involucré también a seres mitológicos y amuletos que le dieron un



hilo conductor a los cinco mundos que lo componen. A esos mundos les di su nombre según la temática que abordan. En Rutecamópolis, cada jugador recibe un globo como medio de transporte y un radar para ubicarse espacialmente. En Generaliando, que es un hermoso bosque lleno de árboles frutales y coloridos entornos, los niños encuentran aspectos básicos de la estadística. Allí se hace un recorrido histórico sobre sus orígenes y se comprende también su utilidad en otras ciencias.

Cuando mis pequeños exploradores superan en la pantalla de sus computadores los dos mundos anteriores, llegan a Variandópolis, una región desértica y árida, llena de cactus y templos míticos, donde de la mano de la diosa Safnkit y de su mascota mágica, se superan los acertijos para conquistar las variables y sus tipos. Y una vez comprenden esos conceptos, vienen los otros dos mundos: Diagramópolis y Graficalandia, regiones dominadas por Kantú, dios de las barras y las líneas, amo y señor de las tablas y gráficos estadísticos y, además, amigo entrañable de la diosa Safnkit. Juntos luchan para destruir al malvado ogro Pictogromon, que pretende, a como dé lugar, destruir el palacio de Safnkit.

40

El diseño de este juego fue admirado por algunos docentes de la maestría y por el mismo coordinador de esta, Arturo Jessie Manuel, que desde el primer momento apoyó mi propuesta investigativa. Sin lugar a dudas, uno de los más sorprendidos fue el creador de la Plataforma Erudito, Julián Moreno Cadavid, doctor en Informática Educativa, quien luego de revisar mi juego le otorgó las mejores calificaciones y los más honrosos comentarios.

Pero no había una validación más importante para mí que la del aula, que no era otra más positiva que la alegría de mis niños recorriendo los mundos y aprendiendo los conceptos de la estadística. Por eso, ese primer día que se puso en marcha mi juego nunca se borrará de mi mente, pues significó la realización de un sueño que había surgido en mí mucho antes de mi llegada como maestra al Colegio Santa Bertilla Boscardín.

Regresar al colegio

Claro que sí. Los sueños se hacen realidad. Puedo dar fe de eso. Desde el año 2002, cuando inicié mis estudios de Licenciatura en Educación Básica con énfasis en matemáticas, en la Universidad de Antioquia, soñaba con que algún día, cuando tuviera el título de profesional, podría regresar a mi segundo hogar, ese paraíso de colores, magia y saber que era para mí el Colegio Santa Bertilla Boscardín, ubicado en el sector de Robledo Altamira, en el occidente de Medellín. Fue ese lugar, desde mis más tiernos años, el que me abrigó con



calidez y educó con suavidad y firmeza. Allí aprendí que de lo ordinario se debe hacer lo extraordinario.

Dos años después de mi graduación como licenciada, en el año 2008, y luego de laborar en la Institución Educativa Avelino Saldarriaga, en el municipio de Itagú, supe que en el Santa Bertilla, donde estudié desde preescolar hasta once grado, estaban buscando un maestro para el área de matemáticas. Sin dudarle un segundo, me postulé para ocupar esa plaza. Una entrevista con *Sorma*, quien había sido mi querida maestra de filosofía y ahora era la rectora del colegio, fue uno de los pasos que, con agrado y sorpresa, sorteé en aquel arduo proceso de selección. Cariñosamente la llamábamos así, pero su nombre real es Sor Mariángela Sandoval Correa. Fue un ser maravilloso que sin lugar a dudas marcó mi vida de estudiante. En su oficina me recibió con una sonrisa, tras haber sido seleccionada. "Bienvenida a tu casa. ¡Qué maravilla tenerte de vuelta, pero ya como nuestra maestra!", dijo.

Esas palabras fueron más que melodía para mis oídos, después de un proceso de varias entrevistas. Me sentía orgullosa y feliz de emprender ese maravilloso reto.



—Qué alegría, *Sorma* —dije complacida—. Es una oportunidad que, te juro, no voy a desaprovechar. No veo la hora de conocer a mis estudiantes. ¿Cuál grado es el que me corresponde?

—Pues... —dijo, con un tono dudoso y pausado—, sé que tu experiencia es con bachillerato. Pero tranquila, vas a tener a tu cargo a los grandecitos de primaria, mientras te ubico en los grados superiores.

Tras escuchar su respuesta, supe que no todo iba a ser felicidad. Mi experiencia laboral hasta ese entonces solo había sido con estudiantes de bachillerato del Colegio Militar José María Córdoba, en el año 2008. Y en el 2009, como ya lo he contado, les había dado clase a los mayorcitos de la Institución Educativa Avelino Saldarriaga.

Desde que me dieron la plaza en el Santa Bertilla, empecé a contar los días esperando con emoción a que llegara el 15 de enero. Aquel día, me desperté mucho antes de que sonara el despertador. Sentía mariposas en el estómago y una gran expectativa. Fue

todo un suceso. Me encontré con los que algunos años atrás habían sido mis maestros, y que ahora eran mis colegas.

El segundo día era el más esperado por los docentes. Era el momento en el que se distribuían la dirección de cursos y las asignaturas a enseñar. Todo iba bien hasta que llegó mi turno: "Verónica será la directora del grupo de Tercero B y docente de las áreas de lengua castellana, ética, educación física, artística y matemáticas", dijo con tono firme y certero doña Eumelia, la coordinadora académica.

En ese instante, un frío recorrió todo mi cuerpo, sentí que me iba a desmayar. ¿Qué podría hacer yo con un montón de niños de ocho años? ¿Qué iba a decirles? ¿Cómo empezar una clase con semejantes criaturas? ¿Qué hacer



en una clase de lengua castellana? ¿Con qué idoneidad podía ejercer como profe de artística, si soy negada para el dibujo?

Confieso que por un momento sentí ganas de dejar todo de lado e irme; o por qué no, desaparecer. Llegué a mi casa con la cara apesadumbrada, una expresión que muy pocas veces he tenido en la vida. "Hijita, Dios sabe por qué hace las cosas. Esos niños te necesitan", me dijo mi mamá mientras consolaba mi temor y frustración. Qué alentadoras fueron sus palabras. Después de todo, ¿por qué no asumir el reto? De seguro que podría hacer un buen papel. Y tomé esas palabras como estímulo para seguir el camino.

Llegó, entonces, el día de recibir a quienes serían mis estudiantes. Sentía un inmenso temor pero a la vez una emoción que invadía mi cuerpo por completo. "Profe, ahí le entrego mi tesoro, Dios le pague por lo que pueda hacer por él", me dijo, con ternura y confianza, un padre de familia. Palabras bellas y comprometedoras.

Entre aventuras, risas, ingenuidades y desafíos transcurrió mi primer año con los niños de Tercero B. Atrás quedó ese temor que inicialmente me había provocado desilusión y angustia.

Napo en el Palacio de Safnkit

Después de ese primer año supe que mi misión era el trabajo con alumnos de primaria, así que solicité que no me cambiaran. Le dije a *Sorma* que mi deseo era continuar con aquellos seres que habían cambiado mi vida. Y sí, se me hizo el milagrito. Desde el 2011 me otorgaron la dirección de algunos grupos, con una diferencia: solo sería docente de matemáticas y estadística, asignaturas que son mi fuerte y fueron mi objeto de estudio, en mi pregrado en la Universidad de Antioquia y también en la Maestría en Enseñanza de las ciencias exactas y naturales, en la Universidad Nacional de Colombia. ¡Qué más pedirle a la vida!

Así fue como llegué a los niños de Quinto C, un grupo que llevo en mi corazón. Ellos fueron aliados, sin saberlo, de mi proyecto del videojuego "Palacio de la diosa Safnkit Estocástica", propuesta que obtuvo el Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación, en la categoría Samuel Barrientos Restrepo, en el 2014.

Dentro de ese grupo de niños estaba David Napoleón Rangel, uno de mis estudiantes queridos. Aunque *Napo*, como le decían sus amigos, tenía una enorme habilidad cognitiva, en ese momento estaba desmotivado y desconcentrado, y eso le generaba dificultades en su desempeño académico. Él es-



taba entre los niños que entraron a la sala de sistemas para inaugurar el juego. Ese primer contacto le marcó la pauta de lo que sería un verdadero aprendizaje. Desde que ingresó a Ruteacamópolis, el primer mundo del juego, manifestó un cambio radical de actitud frente a la estadística y a las otras asignaturas, aspectos que fueron reconocidos por los demás docentes y los padres de familia.

Napo se convirtió en un maestro de la estadística, manejaba con destreza e inteligencia las temáticas del juego y resolvía sin ninguna dificultad los acertijos. Su desempeño fue un verdadero *boom* en la institución. Consiguió cierta "fama" entre sus compañeros porque se mantuvo en el *ranking* del juego virtual como el número uno, con un puntaje perfecto. Sus amigos terminaron llamándolo *Napo el más teso*.

Su interés por el juego pronto se vio reflejado en la notable mejoría de su desempeño académico. Para dejarlo jugar en la casa, sus padres establecieron, como norma, que primero debía terminar las demás tareas, lo que significó un cambio definitivo en sus notas de clase.

¡Qué más aliciente para un maestro! Los logros obtenidos con los niños de Quinto C, que en general se manifestaron en rendimientos superiores, fueron mi mejor regalo. Recuerdo sus sonrisas, la emoción cuando llegaban a la clase de estadística, los abrazos de gratitud que me daban al final del año, los comentarios de los niños de cuarto que querían que el año terminara rápido para poder jugar en quinto.

Otros caminos

Con esa dicha y esos excelentes resultados, recibí el grado de magíster en enseñanza de las ciencias exactas y naturales, el 12 de septiembre del 2014. Uno de los días más especiales de mi vida. "Con vos vamos a la fija. ¡Qué calidad de mujer!", me dijo el maestro Alcides Montoya al entregarme el título.

Luego llegaron propuestas como bendiciones, entre ellas la invitación del doctor Julián Moreno para participar, a su lado, en el "Programa de Cooperación internacional de investigadores e innovadores en educación", durante los años 2014 y 2015. Allí trabajé en la realización de un juego digital para la enseñanza de las operaciones entre fracciones, con estudiantes del grado quinto del Colegio Calasanz Medellín, donde actualmente laboro.

Las tecnologías son una herramienta favorable si sabemos integrarlas a las aulas de clase. En el Colegio Calasanz Medellín —institución que tiene como consigna la formación en piedad y letras—, el saber y el ser se conjugan para formar seres humanos capaces de transformar la sociedad. Allí, he



emprendido retos académicos que están ligados exclusivamente al diseño e incorporación curricular de las tecnologías al aula, con la convicción de que con pasión y entrega, se puede ser motor de inspiración para los estudiantes de matemáticas.

He asumido igual propósito con mis alumnos de la Universidad de Antioquia, donde laboro como maestra de la Licenciatura en Educación básica, con énfasis en matemáticas. Allí, con maestros en formación, refuerzo la idea de investigar e innovar, y la importancia de consolidar discursos y prácticas propias del escenario pedagógico y del lenguaje, que contribuyan en la construcción de un mejor país.

Me falta mucho por aprender y caminar. Tengo claro que lo más importante es la pasión y el deseo de nutrir mi quehacer con el estudio del doctorado. Quiero seguir trabajando arduamente para demostrar que podemos romper la rutina de las aulas, que hay múltiples escenarios de aprendizaje a nuestra disposición, que el éxito está en la manos de quien vive feliz y agradecido con Dios y la vida, de quien ha amado y reído, y del que con pequeños detalles ha marcado grandes diferencias.



Cecilia Lince Velásquez fue funcionaria de las secretarías de Educación y Cultura municipal y departamental. Esta educadora medellinense dedicó gran parte de su vida a la docencia y a la gestión de obras en beneficio de la comunidad. Como representante a la Cámara, en la década de 1950, se destacó por su incansable trabajo a favor de los más pobres.

Distinción

Cecilia Lince Velásquez







Ana María García Gómez

Hay un momento mágico y único para ella, ese en el que sus estudiantes de primer grado unen letras y, por arte de magia, logran escribir y leer sus primeras palabras. Por ello, tal vez, la palabra y sus expresiones ameritan toda una fiesta en la I. E. Antonio Ricaurte, ubicada en el barrio Belén Rincón, ese donde esta licenciada en Básica Primaria y magíster en Educación creció y hoy ejerce con vocación la labor docente. Ella, acompañada de Nora Bejarano Bayamón y Patricia Arango Lopera son las artífices del proyecto “Las habilidades comunicativas en el castillo del saber”.



Palabras desde un Rincón del corazón



El poder de las palabras

"Cerida mami me cuida co todo el amoo". Así, con esa frase mal escrita, me sorprendió el pequeño Samuel. Estaba sentado en su puesto, concentrado y tratando de escribir en su cuaderno la carta de amor que les había pedido que escribieran para alguien especial. Vi que con cierta expresividad en sus ojos me daba señas de que ya lo había hecho, así que le pedí que se acercara hasta mi puesto para revisarlo.

La frase, evidentemente estaba mal escrita, pero a pesar de ello sentí una enorme alegría cuando vi sus letras redondas, tratando de unirse en palabras y de construir un mensaje coherente, que él sabía descifrar a la perfección. "¡Chocó esos cinco!", le dije llena de emoción, y luego le di un fuerte abrazo.

El gran reto de un docente de primer grado es despedirse de sus pequeños estudiantes, al finalizar el año, con la seguridad de que ya saben leer y escribir. Y a pesar de que para agosto la mayoría de mis niños sabían leer y construir oraciones básicas, a Samuel se le había dificultado llegar a eso. Sus pocos avances me generaban tristeza y me confrontaban frente a mi trabajo en el salón. A pesar de las actividades realizadas en el año, él se dedicó a jugar, interrumpir la clase y, en muchas, ocasiones hasta tirarse a dormir en el piso del salón. Sentí la tristeza de "un año perdido", no solo para su proceso académico, sino también para los esfuerzos de su familia.

Su mamá, una mujer joven que hacía las veces de padre y madre, debía trabajar largas jornadas para conseguir el susten-



to. El niño quedaba a cargo de su hermana de 11 años, que de acompañamiento escolar poco sabía. En una reunión en el colegio, la madre contó que cuando llegaba del trabajo, a las diez de la noche, lo encontraba cansado y sin ánimo de hacer las tareas. Una vecina se ofreció a ayudarla en las tardes y me buscó para que la aconsejara sobre cómo acompañarlo desde casa. Con todo el gusto y la certeza de que el cariño de esta mujer haría posible que el niño aprendiera, le mostré mi disposición y me ofrecí a enviarle talleres y otras actividades que le permitieran obtener avances en el proceso.

Por eso, esa oración que escribí en su cuaderno fue para mí una luz de esperanza. Con ingenuidad y especial ternura, le había escrito esas breves palabras a su mamá, como parte del *Correo de Juan Palabrario*, una actividad que realizo en el aula y que hace parte de las estrategias que originaron el proyecto "Las habilidades comunicativas en el castillo del saber", con el que los docentes de la Institución Educativa Antonio Ricaurte tratamos de hacer más atractivos los procesos de lectura y escritura, fortaleciendo además la escucha y la expresión de nuestros estudiantes.

El barrio de ayer, el barrio de hoy

Como Samuel con sus dificultades del lenguaje, me he encontrado a muchos niños a lo largo de los cinco años que llevo como docente en la Ricaurte, ese colegio que no es ajeno a lo que soy como ser humano y como maestra, pues está ubicado en el barrio Belén Rincón, el mismo lugar en el que nací, hice mi escuela y hoy habito acompañada de mi familia.

Por sus callejones caminé miles de veces cuando era niña, rumbo a la escuela. En la mañana, don Gildardo, que tenía una legumbreira improvisada en el corredor de una antigua casa, nos saludaba con un gesto amable. Más adelante, don Joaquín Santa, el viejito huraño y adinerado de la carnicería más grande del sector, vendía los primeros kilos de carne; recuerdo que mantenía un "geniecito parejo", mientras que su hija Yaneth, por el contrario, nos saludaba con una sonrisa.

Cuadra por cuadra, el recorrido hasta mi escuela Yermo y Parres se convertía en una peregrinación de primos y amiguitos. Cuando llegábamos, nos filaban en un pequeño patio, hacíamos las oraciones de la mañana, cantábamos una que otra canción a la virgen, las maestras nos revisaban los uniformes y exploraban nuestras cabezas en busca de piojos, y finalmente íbamos a las aulas para retomar nuestras labores.

Ese barrio tranquilo de mi niñez, con el tiempo, se convirtió en una de las zonas con mayor violencia en la ciudad. Llegué allí como maestra en abril del



2010, cuando ya cumplíamos casi una década de sufrir los enfrentamientos de bandas y grupos armados, conformados incluso por algunos conocidos y familiares.

Aunque siempre he vivido en mi barrio, mis experiencias docentes las había desempeñado en otros sectores de la ciudad y del departamento. Así que cuando llegué a la Ricaurte, pude vivir directamente las tristes consecuencias que la violencia urbana genera en las instituciones educativas. Mientras en la década de los setenta mis primos, vecinitos y yo caminábamos solos y felices rumbo a la escuela, ahora veía cómo mis estudiantes tenían que asistir acompañados al colegio.

Los papás los tomaban de la mano con un evidente recelo, para protegerlos de las balas perdidas que ya habían cobrado varias vidas en el sector, pues precisamente el colegio está ubicado en una esquina que hace parte de una frontera invisible creada por dos de los más temidos bandos del barrio. Muchos estudiantes dejaron de asistir por amenazas, por tener familiares involucrados en el conflicto o haber transitado calles que no debían.

52

Cuando llegué a la institución, a la que fui asignada como docente del grado primero para dictar todas las asignaturas, también pude identificar que el espacio escolar había sido territorializado por algunas estudiantes —hasta el 2012 fue una institución femenina—. Estas, en complicidad con maestras que llevaban un par de décadas como docentes en la institución, se habían encargado de rotular a las estudiantes. Sí: “Aquí mandamos las buenas académicamente y al lado de allá están las malas”. O aquí las negras y allá las blancas. O aquí las ordenadas y limpias, y en aquella esquina del patio, las sucias.

De acuerdo con esa clasificación se apropiaban de los espacios de la institución, lo que hacía que además del conflicto urbano en las calles, el colegio también tuviera fronteras definidas por el racismo, el estatus académico o la capacidad económica. El patio era propiedad exclusiva de las buenas, así como la participación en los actos cívicos y culturales, las salidas pedagógicas y otras actividades realizadas en la escuela.

Una olla para quemar las penas

Mi llegada al colegio, que para ese momento tenía unas 520 estudiantes de primaria, también coincidió con la llegada de nuevos maestros y directivos. Entre el nuevo grupo llegó Patricia Arango a desempeñarse como coordinadora. Fue ella quien tomó la iniciativa de enfrentar la segregación escolar, y en conjunto con los docentes, transformar la escuela en un lugar igualitario, amable y divertido, que les permitiera a nuestras estudiantes olvidar por unas



horas al día el ruido de las balas. El miedo generado en el barrio se estaba traduciendo en faltas de asistencia, deserción, intolerancia, estrés, depresión y peleas entre estudiantes.

En marzo del 2011 se nos ocurrió, con asesoría de Juan Carlos Zuleta, maestro y sicólogo, hacer una actividad para sanar las mentes y corazones de nuestras estudiantes. Durante una mañana leímos con las estudiantes varios textos para reflexionar sobre el respeto, el amor, el diálogo y los derechos humanos; en coro, entonamos también "saber que se puede, querer que se pueda, / quitarse los miedos, sacarlos afuera, / pintarse la cara color esperanza, / tentar al futuro con el corazón", la bella canción de Diego Torres llamada "Color esperanza". Además, vimos algunos videos sobre la resolución de conflictos y la vivencia de los valores; las estudiantes leyeron, en voz alta, algunas frases alusivas a la paz, al perdón y la reconciliación, y compartieron con nosotros y sus compañeros sus sueños y deseos, así como sus temores y dificultades.

Al final de la jornada, les pedimos que escribieran o dibujaran aquellas situaciones que las atormentaban y quisieran dejar atrás. Salomé Porras, por



ejemplo, dibujó con colores vivos a unos niños jugando en el parque; Mariana escribió con letras gigantes, en amarillo, azul y rojo: "Los niños tenemos derecho a sonreír"; mientras que Angie Vanegas escribió: "No quiero que en mi barrio haya más violencia".

Mientras que ellas hacían esa tarea, los docentes instalamos en la mitad del patio una olla grande, y luego les pedimos a las estudiantes que, una a una, tiraran sus dibujos y mensajes dentro de ella. Cuando todas lo hicieron, el profesor Juan Carlos roció el interior con gasolina y le tiró un fósforo. El fuego consumió esos dibujos y mensajes tristes. Luego les dimos dulces, como una especie de medicina contra toda forma de violencia, para alejarla y erradicarla de la escuela.

Ese momento tuvo para mí un significado muy especial, pues trajo a mi memoria aquella olla grande de mi niñez frente a la cual nos reuníamos todas las noches mis hermanas, mi madre y yo. Ante la difícil situación económica que nos tocó sortear, mi madre vendía empanadas en el Club el Rodeo, así que nosotras debíamos ayudarla con esa labor. Mientras pelábamos papas, cocinábamos el maíz y picábamos la cebolla, mi mamá nos encantaba con sus historias de duendes, espantos y sucesos asombrosos que, decía, le tocó vivir en el barrio cuando era pequeña. Como una cuidadosa costurera, entretijó cuentos de brujas y de lugares terroríficos que ya nos eran familiares a nosotros, pues en aquella época el barrio aún no estaba muy construido y solíamos hacer caminatas los fines de semana para robar mangos en los potreros, hacer sancochos de olla y deslizarnos sobre cartones por las empanadas lomas.

Esa olla, ese elemento que estaba en mi memoria como un bello recuerdo de las buenas épocas de mi barrio, permitió que mis ahora estudiantes participaran en un acto de liberación y sanación. Pero muy a pesar de nuestros esfuerzos, la situación del entorno no mejoró: los padres llegaban hasta las aulas para recoger a sus niñas, debíamos pedir acompañamiento policial en la entrada del colegio, tramitar hojas de vida y calificaciones de urgencia para facilitar los traslados, y acompañamos a varias estudiantes en la elaboración de duelos por pérdidas de familiares.

La actividad de la olla, sin embargo, nos dio ánimo para continuar generando otras estrategias que mediante el conocimiento, la fantasía, la alegría y creatividad nos permitieran hacer posible la transformación de esas personalidades que cientos de padres dejan a nuestro cargo y que poco a poco podían cambiar la cara del barrio y comprometerse con un futuro más amable y pacífico. Es esa apuesta la que hace que cobre valor y sentido nuestro papel de maestros.



Un castillo construido en Belén Rincón

El trabajo y los esfuerzos para fortalecer los procesos de comunicación de nuestros estudiantes por la vía del diálogo resultaron convirtiéndose en el salvavidas para solucionar algunos conflictos dentro de las aulas, pero además nos permitieron movilizar los procesos académicos y mejorar los resultados en el área de lengua castellana.

Todas esas actividades se convirtieron en un espacio de conocimiento, cada vez más divertido y que estimulaba la participación de todos los estudiantes y maestros. Con los grupos decidimos promover más la puesta en escena de obras de teatro; conocimos obras maestras en los carruseles literarios; en el patio nos divertimos con la práctica de deportes como el patinaje, el ciclismo y la patineta; homenajeamos a las mujeres de ayer, hoy y siempre, con exposiciones fotográficas y datos puntuales de sus liderazgos; conocimos las capacidades de nuestros pequeños con el *Festival de los Talentos*; y para la fiesta de la familia también los estudiantes prepararon muestras artísticas y espacios de integración y convivencia.



Después de realizar esas actividades, les pedíamos a los estudiantes que dibujaran o escribieran aquello que les había gustado. No se trataba de calificar, simplemente de tener insumos para decir qué tan exitosa o no había resultado la actividad. Con ello no solo ganaban nuestros estudiantes para mejorar su comunicación, sino también los maestros, que aprendíamos a partir de la lectura y revisión de esas percepciones de los estudiantes. Eso, además, fortaleció nuestros propios canales de comunicación y los lazos de camaradería entre docentes.

En junio del 2014, la rectora Hilduara Velásquez nos motivó para que participáramos en el *Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación*. Sabíamos que nuestras estrategias ya habían arrojado frutos positivos, evidenciados en los resultados de las Pruebas Saber. Entonces, Patricia Arango, la coordinadora, Nora Bejarano, también docente de lengua castellana, y yo, nos dimos a la tarea de construir un castillo.

Lo llamamos *El Castillo del saber*, haciendo alusión a nuestro espacio escolar, un colegio pequeño pero lleno de plantas y de espacios limpios para nuestras princesas y príncipes, pues desde el año 2013 se había convertido en un colegio mixto. En un concurso de años atrás, los padres habían propuesto varios nombres para bautizar el auditorio, que terminó por llamarse Hechizo Cultural. Así que cuando revisamos de nuevo las demás propuestas, nació la idea de llamar “Castillo del saber” a nuestro proyecto. Y poco a poco, con una nueva decoración y con actividades lúdicas, convertimos el colegio en ese castillo, para que nuestros estudiantes dieran rienda suelta a su imaginación y se expresaran sin temor, con el cuerpo, con la palabra, con la escritura y todas esas herramientas con las que estamos dotados para ese encuentro con el otro, con los otros y con lo otro.

Me di a la tarea de sistematizar las actividades que en meses y años anteriores habíamos realizado también con ese propósito. En bitácoras describí cada acción; incluso, busqué fotografías y trabajos realizados por los estudiantes y docentes. Incluí, además, actividades que yo misma realizaba en mi aula de clase, pues allí la familiarización y el aprendizaje de las primeras letras cobran permanente protagonismo. Siempre trato de ser creativa y recursiva para recrear situaciones que les permitan a los niños enfrentarse a la lectura y escritura desde situaciones cotidianas.

En clase o acompañados por sus padres, mis estudiantes deben hacer listas de mercado, leer empaques de productos comerciales y redactar cartas para otras personas. Justamente, esta última es una de las actividades que más disfruto realizar con mis pequeños; y no solo cartas, sino también otros portadores de texto, como tarjetas de invitación, recetas, telegramas,



volantes o avisos clasificados. Recuerdo especialmente a Melisa Escobar, una pequeña de ojos negros y expresivos que escribió una carta a sus excompañeros de guardería. Fue escrita con todo el corazón, pues estuvo allí desde los cinco meses, conocía a todas las maestras y describía cada rincón. En su carta dibujó bellísima la escuela: el patio, la sala de computadores y las jardineras con flores de colores; y escribió con trazos definidos: "Los invito a estudiar aquí, las profes nos quieren y nos cuidan como las de María Auxiliadora, estudiar aquí es muy vacano".

Pero el trabajo no solo fue dentro del aula, también decoramos el colegio cada mes, con frases para reflexionar, escritas en carteleras coloridas. Figuras en origami, flores, mariposas, hadas y varitas mágicas de distintos colores empezaron a ambientar los corredores, de acuerdo con los temas de las celebraciones del mes.

También tratamos de que los actos cívicos fueran más participativos, por eso, inclusive los docentes hacíamos obras de teatro y los estudiantes preparaban bailes, videos y manualidades... En fin, nos atrevimos también a planear actividades para mezclar los grupos y posibilitar el encuentro entre las niñas



grandes y las más pequeñas, para fomentar el trabajo en equipo y la convivencia, y así permitirles la libre expresión.

Todas esas actividades, que fueron granitos de arena para construir el proyecto "Las habilidades comunicativas en el castillo del saber", hoy dejan en evidencia buenos resultados en los procesos de comunicación de los chicos y chicas. Ello se ve reflejado en sus escritos, en los procesos de lectura, en cómo disfrutaban yendo a la biblioteca, y en la manera como se comunican entre ellos y con otras personas. Ahora no temen participar en actos comunitarios y lo hacen de manera voluntaria, sin que seamos los profesores los que los asignemos.

Todo lo anterior nos permitió ganar en el 2014, como se lo soñó la rectora Hilduara, la distinción Cecilia Lince Velásquez del *Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación*. Es una experiencia significativa que transforma la vida de nuestros estudiantes, labor que, desde luego, no está concluida. Por fortuna, la situación de violencia nos ha dado un poco de tregua y ahora podemos dedicar nuestro esfuerzo y quehacer diario a que nuestros niños fortalezcan sus procesos de escucha, oralidad, lectura y escritura, un trabajo que requiere constancia y exigencia. Por ello sé que la creatividad de un maestro no puede darse licencia y que para que el aprendizaje adquiera sentido es necesario reevaluar las prácticas, innovar, estudiar, aprovechar los recursos, conocer el contexto y planear desde las necesidades reales de los estudiantes.

Las marcas que han dejado las diversas formas de violencia vividas por nuestros estudiantes tal vez no se borren con las actividades que llevemos a cabo los docentes. Pero estoy convencida de que un colegio dispuesto a sonreír, soñar y comunicarse durante cinco horas cada mañana es un espacio privilegiado para que nuestros niños y niñas expresen sus sentimientos y con ello crezcan con mentalidades de superación. En Belén Rincón, ese lugar que tiene un rinconcito de mi corazón, los niños cuentan con un castillo para expresar sus sueños y fantasías, aprender y crecer. Yo ayudé a construirlo.

Los
Maestros
cuentan





Los Pasos a
+ Calcan los
* Recortan los
+ asarlos de
Recortan, Cal



Luz Marina Rodríguez Agudelo

Pese a que Luz Marina Rodríguez dio su primera clase cuando tenía siete años, solo se hizo maestra después de cumplir 45. Como coordinadora del Servicio Social Obligatorio en la Institución Educativa Presbítero Antonio José Bernal logró que los alumnos del último grado, en lugar de barrer patios y lavar baños, aprendieran oficios que han transformado sus vidas y las de sus familias.



Creecer y ayudar a crecer



Nací en un pueblo del occidente antioqueño y viví en una casa campesina en la que sobraba el trabajo. Mi abuelo poseía algunas tierras cultivadas con mango, zapote, cacao y café, y todos esos productos debían ser recogidos y empacados para su venta en Medellín. También había muchos animales: patos, vacas, caballos, cerdos y gallinas; a mí me gustaban bastante y junto a mis hermanos los teníamos que encerrar, alimentar y ordeñar antes de poder salir para la escuela.

Mi abuela Carolina me decía todas las madrugadas: "Muchacha, muchacha, levántese que ya son las tres de la mañana y tiene que ir a ordeñar, echarles maíz a las gallinas y recoger los huevos antes de irse a estudiar". Yo, que siempre fui una niña muy obediente, hacía las tareas que me encomendaban y corría para la escuela para no tener que trabajar más. Salía a las 5:30 de la mañana y tenía que caminar dos horas para llegar... para mí era la hermosa posibilidad de aprender.

Cuando estaba en primer grado y conocía pocas letras, recuerdo que la profesora Ofelia —que era alta, gorda y malencarada— me lanzó un día un grito mientras me decía: "Luz Marina, pase adelante, coja el libro y lea en la página cinco", mientras me entregaba una cartilla que se llamaba *Coquito*.

Yo pasé al frente con mucho miedo porque todavía no sabía leer bien y apenas unos balbuceos llenos de horror salieron de mi boca. "Venga acá", me dijo amenazante. Y pronunciando estas palabras sacó una enorme regla que tenía colgada detrás de la puerta, me ordenó que le pusiera mi mano y descargó treinta reglazos sobre ella.



Estando en quinto de primaria, en medio de una tarde calurosa, recuerdo que mi padre —al verme cansada y sudando— le dijo a mi abuelito que quería construir una escuela para la vereda El Rincón, donde vivíamos, con el fin de evitar las largas caminatas que teníamos que hacer los niños hasta el pueblo, siempre a pie y en medio de un calor infernal. El abuelo se quedó silencioso y mi padre se fue sin obtener ni un sí ni un no por respuesta.

Cierto día, mi padre llegó nuevamente donde el abuelo, que se hallaba sentado en un butaco fumando un enorme tabaco.

—Papá, ¿por qué no me regala el morro que está al lado de la quebrada para hacerles la escuela a los niños de El Rincón? —le preguntó.

—¿Estás loco, hijo? —le respondió el abuelo, un poco asombrado.

Pero mi padre le siguió insistiendo mientras el abuelo pensaba y pensaba. De pronto, con su tabaco en la boca, le dijo: "Vos verás".

Muy contento y dando las gracias, salió mi padre, y al sábado siguiente empezó a construir un rancho de paja con mesas, troncos de madera —que hacían las veces de sillas— y un tablero rústico de cemento.

Tiempo después, mi padre me dijo: "Bueno, hija. Usted ya aprendió a leer y a escribir, enséñeles lo que sabe a los niños de la vereda". ¡Fui tan feliz en ese momento! Esa fue la primera vez que me sentí maestra, enseñando letras y números, dibujos, rayas y círculos a los niños que asistían los sábados en la tarde. Recuerdo que se escribía con pedazos de carbón y se borraba después con hisopos de cabuya.

Una mañana, estando en la cocina haciendo arepas para el desayuno, le conté a mi abuelita que yo quería ser maestra. Ella se sonrió y me respondió: "Llegar tan lejos es difícil. Dios quiera que yo mantenga alientos para ayudarla a salir adelante, porque a su papito Jesús no le gusta que las mujeres estudien. Recuerde que él se mantiene diciendo que nosotras somos para la casa".

Terminada mi primaria decidí prepararme de verdad como maestra, y al poco tiempo de graduarme, me nombraron desde Medellín para una escuela apartada de Santa Fe de Antioquia. No olvido lo conversado con mi padre cuando llegué a contárselo con el rostro lleno de felicidad:

—¡Papá, papá! —le dije sonriente—. Voy a trabajar en una vereda de Antioquia.

—¿De Antioquia? —me preguntó, mientras le cambiaba el semblante.

—Sí —le contesté alegremente.



Después, vino otra pregunta de su parte sin dejar su cara de asombro:

—¿Qué tan lejos queda del pueblo, hija?

—Como a seis horas a caballo, papá, eso me contaron —le respondí en medio de mi inocencia.

—¿Está loca, hija? Con todos los peligros que hay por esos caminos. ¡No, aquí se me queda! Si quiere trabajar le voy a conseguir un empleo en la Alcaldía —me gritó malhumorado.

Me quedé aturdida, y en medio de mi tristeza, renuncié. En un santiamén terminó mi primer intento de ser docente, por el peligro y la violencia que reinaba en ese entonces en el campo. A pesar de trabajar durante años en oficios para los que no estaba preparada, el sueño de ser maestra siguió vibrando en mi corazón.

Pasó el tiempo, me enamoré del médico del pueblo, me casé —muy felizmente, por cierto—, dejé de trabajar y me dediqué a mi hogar. Tuve dos hermosos hijos: Catalina, hoy arquitecta, y Sebastián, que va a ser médico. A ellos consagré mi tiempo y esfuerzo por cerca de diez años. Durante ese lapso me dediqué a realizar todo tipo de cursos de manualidades, adquirí habilidades en artes como la pintura y la marroquinería, y también aprendí a hacer vitrales, adornos navideños, trabajos en madera y a decorar fiestas.

Iba aprendiendo, haciendo y sintiendo que mis manos cada vez desarrollaban más habilidades que me permitían crecer y fortalecer mis saberes. De esta forma, logré instruirme en multitud de labores sencillas que luego me servirían como material para trabajar con mis estudiantes en el proyecto “Construyendo Futuro”. Siempre aprendiendo, siempre transmitiendo a otros lo aprendido... La semilla del docente se había sembrado para siempre en mi interior.

En una noche del año 2001, sentada en el comedor con mi esposo y mis hijos, les conté que tenía un deseo muy grande, pero que lo sentía muy lejano por mi edad. Miré a mi esposo y le dije:

—Papi, qué rico estudiar y poder trabajar. ¿A usted le choca si me presento a la universidad para hacer una Licenciatura en Ciencias Naturales?

—No, madre, ¿cómo se le ocurre que me voy a enojar? Si tiene ganas, hágale. Y yo le ayudo —me contestó, con voz tierna y amorosa.

Al otro día, después de despachar a mis hijos para el colegio, corrí feliz a la universidad. Fui aceptada e inicié mi Licenciatura en Ciencias Naturales. En



ese entonces ya tenía 45 años, por eso me tocó estudiar en medio de una juventud recién graduada del bachillerato. ¡Qué miedo sentía! Pero como siempre he sido terca, continué la lucha día y noche, dándole forma a mi sueño, y fue así como salí adelante. Recuerdo que alguna vez una tía me preguntó:

—¿Vos qué vas a lograr con eso?

—Yo no sé, quiero estudiar, esperemos —le contesté pausadamente.

Ya a punto de terminar felizmente mi carrera, y debido a mi interés y buenos logros, me recomendaron en la misma facultad para trabajar como docente en un colegio privado. Fue mi primera experiencia real como maestra. ¡La recuerdo con tanta dicha!

Después de tres años —y a pesar de mi tristeza, de la de las directivas del colegio y de la de los padres de familia— decidí presentarme al concurso docente del Municipio de Medellín y, ¡oh sorpresa!, pasé y fui aceptada para iniciar labores en un colegio público, en el Centenario Ignaciano del Barrio Toscana.



En diciembre del 2007 fui con mi familia a conocer la nueva institución y me llevé otra gran sorpresa. Me encontré con una puerta de metal grandísima y oxidada que lucía como una enorme barrera, rodeada de escombros y basuras que inspiraban miedo. Toqué el timbre y de pronto por una pequeña ventana se asomó un hombre alto, moreno y de cabello crespo, quien con su voz seca me preguntó: "A la orden, ¿a quién necesita?". Amablemente lo saludé y le conté que yo era la nueva maestra. De inmediato me abrió la puerta y me invitó a pasar al interior del colegio. Desde el inicio vi una institución desordenada, llena de basura, con mesas dañadas, sillas tiradas y paredes rayadas. Todo parecía estar en un abandono total. Esa alegría inicial se convirtió en llanto y tristeza, pues no podía creer que trabajaría en medio de tanto desastre.

Mi esposo me abrazó y me dijo: "Tranquila, es aquí donde realmente te vas a sentir maestra".

¡Qué navidad tan triste!

Llegó enero y me dirigí al colegio. Cuando entré, observé un cambio que me llenó el corazón: lo habían pintado y organizado para iniciar las clases. Me presenté ante la rectora, una señora trigueña y sonriente de nombre doña Rosa, quien me dio la bienvenida y me ubicó de inmediato.

Al pasar los días, doña Rosa me buscó y me hizo una petición:

—Luzma, encárguese del proyecto de alfabetización.

—¿Y eso qué es? —le pregunté.

—Hay que coger a los estudiantes del grado once y asignárselos a los docentes como colaboradores durante 80 horas, ellos registran el tiempo en una hoja y cuando lo terminen te la presentan y listo. Sin esto, ellos no se pueden graduar —me respondió.

—Ah, ¡qué bien! —contesté un poco preocupada.

Tal cual ella me dijo, lo hice, y así terminó su labor otro grupo de estudiantes. Pero yo sentía que ese tiempo era perdido, pues los muchachos se dedicaban únicamente a labores como barrer, trapear, recoger basuras, cargar cosas y cuidar a los estudiantes más pequeños. Con este enfoque logramos, al menos, embellecer gran parte del colegio.

Tiempo después, llegó un momento crucial para la vida de la comunidad educativa: el Municipio de Medellín ofreció construir un nuevo colegio y entregar el actual que estaba tomado en comodato. Pasamos a convertirnos en la Institución Educativa Presbítero Antonio José Bernal. Continué entonces



liderando el proyecto de alfabetización, pero tratando siempre de sembrar ideas nuevas en los estudiantes de nuestra institución.

Estando en la nueva sede del colegio, nació la idea de crear el proyecto “Construyendo futuro”. Rápidamente se me ocurrió hacer algo distinto, más lúdico y funcional para los estudiantes, y así se los propuse:

—Muchachos, ¿quieren aprender a fabricar bolsos, correas y billeteras en las ochenta horas de Servicio Social?

—¡Listo, profe!, pero, ¿cuándo y cómo lo haríamos? —contestaron algunos, un poco extrañados por mi propuesta.

—Los sábados, de ocho a diez de la mañana —les respondí.

Y sin pensarlo mucho, un buen número de estudiantes se apuntó.

Inicié el curso con 17 estudiantes. Mi idea era sencilla: por un lado, enseñar lo que había aprendido haciendo manualidades, pues tenía claro que a todo el mundo le interesaban, y, por el otro, brindar un proyecto de vida que fuera funcional y lucrativo, es decir, que les permitiera ganar algunos centavos para ayudar a sus familias con su estudio y con el mantenimiento de sus hogares.



Poco a poco fui descubriendo la necesidad de darle sentido a este proyecto, llamado hoy Servicio Social Obligatorio de los Estudiantes. Busqué que se convirtiera en la creación de oportunidades para ellos porque conocía sus necesidades económicas, sociales y familiares, y tenía claro que era importante hacer de estas prácticas un proyecto integral, que contribuyera a mejorar la calidad de vida de la comunidad en general y le robara jóvenes a la calle, brindándoles argumentos y herramientas que les permitieran salir adelante.

Ganarse la vida haciendo bolsos económicos o laborar como estilista en el barrio eran oportunidades que querían aprovechar los muchachos, y mi papel, bastante sencillo, fue hacer lo que siempre había hecho en mi vida: entusiasmar, capacitar y ayudar a abrir caminos.

Lo primero que propuse fue dar a conocer, tanto a estudiantes como a padres de familia, el decreto reglamentario del Ministerio de Educación Nacional como requisito para recibir el grado de bachiller; luego, investigué lo que pensaban los estudiantes de las funciones que habitualmente debían hacer.

Me fui salón por salón y les pregunté:

—Muchachos, ¿cómo les parece lo que vienen haciendo en las labores del Servicio Social?

Y ellos, un poco disgustados, me respondieron cosas como estas:

—¡Qué pereza limpiar las mesas del restaurante!

—¡Ese man lo pone a uno a limpiarle el rincón de sociales!

—¡Esa vieja no hace nada y quiere que uno le haga su trabajo!

—Esa cucha quiere que uno le cuide los pelaos, o lo ponen a uno a lavar los baños.

Luego me dediqué a venderles la idea y a sensibilizarlos frente a la importancia de lo que a partir de entonces se llamaría de igual manera, cumpliría con lo determinado en la norma, pero se enfocaría en actividades prácticas, mucho más lúdicas y útiles, tanto para ellos como para la comunidad educativa en general.

Continué mi experiencia innovadora y noté que cada vez los estudiantes se entusiasmaban más, de modo que me vi obligada a ampliar mi propuesta de trabajo.

Contando con escasos recursos empezamos a realizar manualidades con múltiples materiales reciclables como botellas, latas, tapas, cd, disquetes, entre otros, y descubrimos que todo podía ser útil. Elaboramos empaques con todo tipo de papeles y cartones. Aprendimos decoración de cerámica,

tarjetería, arreglos con bombas y guirnaldas para fiestas, y otros proyectos que fortalecían cada vez más las habilidades de los estudiantes.

Recuerdo que Daniel, un estudiante de noveno grado, me dijo: "Profe, ya vendí el jarrón y vengo a que me ayude a conseguir más materiales porque mis tías me encargaron otros tres".

Él era un muchacho de escasos recursos económicos, vivaracho y con mucha chispa. Durante varios sábados se dedicó a organizar sus manualidades y un día cualquiera se apareció en la institución con su mamá, quien empezó a seguirle la corriente. Hoy tienen un pequeño almacén donde venden jarrones, tarjetas y todo tipo de manualidades, y con el dinero que ganan, han logrado mejorar la calidad de vida de su familia.

Otra niña, Juliette, me preguntó:

—¿Profe, puedo traer a mi mamá a los cursos? Ella sabe coser y quiere aprender lo que usted nos enseña.

—Claro, mamita —fue mi respuesta—. Este espacio es para ustedes y sus familias.

A los ocho días, madre e hija estaban haciendo cojines. Hoy en día, y gracias a su esfuerzo personal, ambas han formado una microempresa en la que fabrican tendidos, bordados, muñecas, manteles y flores en tela, y toallas decoradas. Gracias a lo producido, la niña ha podido ingresar al Sena y a la universidad, así realiza dos programas de formación de manera simultánea. Una pequeña idea que abrió un camino de éxito a futuro.

Mi visión busca simplemente que el Servicio Social se aprenda disfrutando, que se involucre al estudiante con su grupo familiar para que al mismo tiempo se fortalezcan los precarios lazos que mantienen unidas a estas familias.

Me gusta cuando los muchachos me dicen maliciosamente: "Profe, usted es una bacana", y lo expresan no porque patrocine la holgazanería y el facilismo, sino porque me involucro con ellos en sus cuentos y les ayudo a sobrelevar su proceso vital con mayor alegría, mostrándoles un norte y un camino.

Actualmente, contamos con 170 participantes entre estudiantes, padres de familia y otros miembros de la comunidad que han conocido lo que hacemos, y se han encarretado con alguno de los proyectos.

Una tarde viajaba en Metro de Bello hacia Medellín y me encontré con una exalumna. Después de que me contara sobre sus estudios, me atreví a proponerle:



—Mi amor, ¿usted podría colaborar dictando algunas charlas sobre Primeros Auxilios en el Servicio Social?

—Claro, profe. Espere que en ocho días estoy allá ayudándole —me contestó, con una sonrisa de alegría.

Ella colaboró con nosotros en el proyecto durante dos años, hasta que el programa lo tomó Sebastián, mi hijo, quien es estudiante de Medicina de la Universidad de Antioquia.

Hoy he tenido que ampliar los programas para responder a las necesidades de los participantes. He incorporado aprendizajes en pedicura y manicure, coordinados por un estilista de larga trayectoria en su trabajo y quien voluntariamente ha decidido dedicar parte de su tiempo para la capacitación de mis estudiantes.

Todos los proyectos han progresado gracias a la colaboración de los estudiantes y madres, quienes se han entusiasmado, unos colaborándonos de acuerdo con sus fortalezas, y otros participando en estos aprendizajes. Todos tienen claro que están sacrificando el tiempo de descanso de los sábados.

Es lindo ver cómo los estudiantes se apropian del conocimiento, luego sirven como tutores y entusiasman a los compañeros que ingresan a estos cursos, motivados al ver los trabajos realizados por aquellos.

En los dos últimos años, el Día de la Familia se ha dedicado casi exclusivamente a la participación de todos los asistentes en programas de manualidades dictados por padres de familia y por mí como docente. En la última celebración participaron del proyecto en manualidades cerca de 350 personas que pudieron disfrutar de este espacio de convivencia y aprendizaje.

En el 2012 fuimos invitados a una exposición de trabajos en la sede del Núcleo 919 y obtuvimos dos menciones. Aunque me siento orgullosa por ser la promotora de tales logros, siempre les hago saber a los estudiantes que estos reconocimientos se obtienen gracias a su trabajo y entusiasmo.

Finalmente, en el año 2014, el proyecto recibió un merecido reconocimiento por parte de las autoridades educativas del municipio: le fue entregado el premio a la Calidad de la Educación, Mención Cecilia Lince Velásquez.

Me encanta colaborarles a los muchachos, me la paso conversando con ellos, me gusta ayudarles a solucionar los problemas que tienen... Yo veo una carita triste, me acerco, le hablo y la escucho, la aconsejo y, dándole un abrazo, siento que le doy esperanza de vida dejando un granito de amor en su corazón.

Los
Maestros
cuentan







Luz María
Arango García

Libia Esperanza
Valencia Castiblanco

Son seis años de telones que se abren para la Orquesta Sinfónica del Colegio Montessori, seis años de aplausos acumulados en el corazón. Cristóbal Velásquez y Miguel Álvarez son estudiantes que hacen parte de este sueño desde sus inicios, en el 2009. Para ellos, la música ha significado la posibilidad de conocerse a sí mismos, de compartir con otras personas, de maravillarse con la vida y de construir y trabajar en equipo por un ideal común. Para Myriam Montes, rectora del Montessori, la Distinción Celina Lince Velásquez es el premio más importante que puede recibir la institución, por el impacto que tiene la música en el aprendizaje de sus estudiantes.



Sinfonía Montessori



“**E**n un descanso de la mañana, en mi habitual charla con Esperanza Valencia y Angélica, también Valencia, me contaron que el colegio había adquirido nuevos instrumentos para las clases de música. Ellas habían sido mis maestras de piano, guitarra y coro en mis años de infancia, y por eso se habían convertido en mis amigas y consejeras. Me asombré al saber que el colegio empezaría a dar clases de trompeta, tuba, trombón, saxofón, clarinete, instrumentos que hasta ese entonces solo veía en las películas y en los programas de televisión. Estuve muy emocionado, pero a la vez asustado, pues no sabía qué instrumento elegiría”. Es lo que recuerda Cristóbal Velásquez, quien en el 2009 era estudiante de cuarto grado. Lo que él todavía no sabía, en ese momento, era que tras la llegada de los instrumentos, el proyecto del colegio era conformar una orquesta sinfónica.

Para ese entonces, los niños corrían, gritaban, saltaban, cantaban, tocaban los panderos y el triángulo, en las clases de música. Angélica y Esperanza llevaban a los niños del coro a cantar en primeras comuniones, a dar conciertos en otros colegios. En las tardes, aprendían a tocar piano y guitarra.

Antes de llegar los instrumentos, lo hicieron nuevos maestros: Rodrigo Zuluaga, que era profesor de bronces, y Luz María Arango, asesora de música y profesora de maderas. Ellos iban de salón en salón, hacían juegos con las palmas, cantaban “Eche la leche al café”, una canción que les encantaba a los niños porque tenían que poner mucha atención para no perderse con los gestos. Siempre era el mismo texto, pero se cantaba en diferentes tiempos. Las manos golpeaban las rodillas, luego aplaudían, con la mano derecha tocaban el codo izquierdo y este brazo tocaba



la cabeza, luego repetían lo mismo, pero ya no tocaban el codo izquierdo, sino el derecho, y esa mano tocaba la cabeza. Era muy divertido. Solo se escuchaban carcajadas cuando alguno resultaba haciendo piruetas extrañas con sus brazos, tratando de seguir los juegos de coordinación. "Nos hicieron un examen de aptitud musical. Luz María nos hizo diferentes ejercicios rítmicos. Ahora entiendo su finalidad, pero en ese momento solo parecía un juego de palmas y canciones", recuerda Cristóbal.

En enero del 2009 llegaron unas cajas enormes y otras diminutas, casi todas negras, con 16 instrumentos en su interior, para la casa de los semilleros. Nadie sabía realmente qué era lo que contenían. Había mucha expectativa. Las cajas se fueron abriendo una por una, y solo se veían caras de asombro. Ahora podían ver el contenido de cerca, podían tocar los cuatro clarinetes, los dos saxofones, las dos flautas traversas, las cuatro trompetas, un barítono, un trombón, un corno y una tuba. Los profesores de orquesta decían: "Todavía no los saquen, son muy delicados y se pueden dañar". Muchos no se atrevían a moverse del puesto, sentían que estaban abrazando su mayor tesoro. Poco a poco, fueron entendiendo cómo sus manos podían acercarse a esos tubos negros de teclas plateadas y a los gigantes de bronce, que se veían tan imponentes. Se oían expresiones como: "Luzma, eso parece una pipa", "Rodrigo, ¿así lo estoy cogiendo bien?".

"Llamaron a algunos y nos dijeron que habíamos sido seleccionados para aprender a tocar esos instrumentos, dada la poca cantidad que había al principio. Llegó la hora de la elección y lo único que resonaba en mi cabeza eran las palabras de Luz María: 'Elijan bien, pues ya elegido su instrumento, deberán casarse con él y empezar una nueva vida como músicos'. Es gracioso, desde el principio, a pesar de mi incertidumbre, solo pensaba en bronce, pero a la hora de elegir, pensé: '¿Por qué no el clarinete?', es lo que dice Cristóbal al hablar de lo que ha significado esa elección para su vida musical.

Llegó la hora de explorar el sonido con los nuevos instrumentos. El aire sería nuestro mejor amigo. Cuando se dieron las primeras instrucciones, unos creían que se metían a la boca un gran helado, otros pensaban que tenían que soplar como para inflarlos, inflaban los cachetes y se oían como unos pitos. "¡Profe, no me suena!", decían algunos. Cuando el profesor pasaba a revisar, se daba cuenta de que la lengüeta o caña, como se llama en su lenguaje técnico, tenía una parte rota, o estaba rajada, y en forma de broma les decía: "¡Claro! cuántas veces les he dicho que antes de tocar el instrumento tienen que comer, para que no vengan aquí a morder la caña". Todos sonreían.



No se oía bien, parecían una flota de buses, camiones, barcos. El sonido se fue depurando a medida que se mejoraban los movimientos, que se establecía una relación con el instrumento. Fueron saliendo las primeras notas y con ellas las primeras canciones: "La vaca y la flor", "En una despensa", "Ya lloviendo está", "Dos por diez", "El juez de Aranjuez". Era todo un acontecimiento lograr una canción completa, cuando podían cantar y luego tocar la misma canción con el instrumento.

Un día, Myriam Montes, la rectora, les contó a los profesores de música que el objetivo de todo esto era conformar una orquesta sinfónica. Con esta meta, a la clase de música llegaron nuevos sonidos cada semana. Un día, los estudiantes recibieron la noticia de que las melodías que habían aprendido eran las que iban a tocar, como el regalo, el Día de las Madres. Debían guardar el secreto. Los ensayos tuvieron otro sentido. Concentraron sus emociones y su disciplina para sorprender a las mamás.

Suenan las primeras notas

Todo estaba listo para el concierto de las madres, a los profesores les corría el sudor por la frente, había mucha emoción, era el primer concierto con todos los instrumentos. Se debían coordinar muchas cosas: cómo salir al escenario, cuál era el atril de cada uno. Minutos antes de empezar: "¡Profe, profe no encuentro mi partitura!", "¡Profe, se me quebró la caña!". Había mucha ansiedad y muchas ganas de entregar en ese primer concierto todos los frutos cultivados.

Detrás del telón, cada uno, sentado en el lugar asignado, revisaba los últimos detalles. Del otro lado, se escuchaba el murmullo de las personas que llegaban y se iban acomodando, mientras crecía la expectativa. La emoción llegó a su punto más alto cuando Rodrigo, con su voz firme, les dijo: "Recuerden estar muy atentos, siempre me van a mirar, y cuando yo suba los brazos, todos se ponen el instrumento en la boca. Nadie se saque la boquilla, hasta que yo no baje los brazos".

Después de un fuerte aplauso, se abrió el telón y siguiendo la instrucción del maestro empezó a sonar "El juez de Aranjuez". Con la mirada, los niños seguían las señales del director, y disfrutaban el fuerte aplauso del público, que parecía nunca acabar. "¡Bravo! ¡Bravo!", gritaban. Las mamás tiraban besos. Cada niño buscaba a su madre, señalaban, se miraban entre sí, sonreían. Esta fue la primera prueba, estar coordinados, seguir a Rodrigo, aguantar los nervios. Fue una prueba de fuego que los llevó a querer ir por más.



Ese mismo año llegó la invitación para asistir al Concurso de Bandas que organiza la Universidad Eafit. Con el mismo entusiasmo, se montaron dos temas musicales: “Cuando los santos marchan”, por primera vez interpretado en ritmo de jazz, y “Yellow Submarine”. Disfrutaron montando estas nuevas notas. El segundo tema para el concurso resultó bastante inspirador, tocando cada una de sus notas se emprendió un viaje a Rionegro, cantando en el bus: “Y nuestros amigos están todos a bordo, muchos de ellos viven en la puerta de al lado. Y la banda empieza a tocar”.

A la llegada, los niños observaban las otras agrupaciones y decían: “Profe, pero nosotros no tenemos guitarra ni bajo eléctrico”, “Tenemos instrumentos diferentes”, decía otro.

Los profesores les contestaban: “Tranquilos, nosotros somos diferentes, somos una orquesta de vientos”.

Cuando se escuchó el llamado: “¡Colegio Montessori!”, todos daban gritos de emoción y seguían las instrucciones de César, Rodrigo y Luz María, que los iban ubicando en las sillas que les correspondían según su instrumento.



Había mucha gente, el público sintió el cambio. Se pasó del sonido duro de los parlantes a un ambiente de cámara, sin amplificación. Un silencio se apoderó del lugar, las miradas de los asistentes se enfocaban en ver a cada niño con esos instrumentos, que no era usual que fueran interpretados en un colegio. Y la orquesta empezó a tocar.

Llegó el momento de la premiación. Cuando dijeron que el primer lugar era para el Colegio Montessori, casi nadie lo podía creer. Algunos dijeron que se sentían como en una película que se queda sin sonido, viendo cómo los gestores de la idea gritaban y saltaban para celebrar. El premio fue una guitarra eléctrica roja, que resplandecía en las manos de los estudiantes. En el viaje de regreso los chicos cantaban y se pasaban la guitarra roja para acariciar de cerca la victoria, todos querían abrazar el premio. Desde ese día, esa guitarra, aunque no haga parte de los ensambles sinfónicos, tiene un significado especial para la orquesta.

Un amor para toda la vida

“Siempre me habían causado curiosidad los violines, su dulce sonido. No sé por qué, pero me llamaba especialmente la atención el arco. Pensé que podría ser una gran experiencia. No tenía nada que perder. Me inscribí en el nuevo curso. Subimos al salón de música y la profesora Catherine Correa nos entregó una hermosa pieza de madera, finamente labrada, de un color café rojizo. Un violín. Fue amor a primera vista. Nada más sostenerlo entre mis manos, supe que yo tenía que tocar ese instrumento. La clase fue increíble”. Este es Miguel Álvarez, para ese año estudiante de quinto. Él cuenta lo que sintió cuando llegaron los violines, los chelos y los violonchelos a integrarse a la orquesta del colegio, cuando él se decidió por el violín.

Desde ese primer día, Miguel quedó muy entusiasmado con su instrumento. Llegó a su casa, le contó a su madre y le dijo que quería uno. “Ella siempre ha estado ahí para apoyarme en mis ideas y planes, sin importar lo locos o descabellados que estos suenen. Me dio su aprobación y me lo regaló”. Ese mismo fin de semana exploró sonidos, cada nota lo iba enamorando más y más de ese maravilloso instrumento.

Como Miguel, muchos niños se habían enamorado del instrumento elegido, y eso que solo podían tenerlo cerca una vez a la semana, durante la clase de música. Por eso, fue necesario, además, programar los sábados para que se reunieran los estudiantes a ensayar y a preparar las canciones que se tocarían al finalizar el año.

La presentación de aquel noviembre del 2011 fue en el Teatro Metropolitano. Este gran espacio de la ciudad abrió sus puertas a los niños del Montessori, muchos de ellos cargados de ilusión porque nunca habían estado en un teatro como artistas. El día del concierto los niños exploraban los rincones detrás del telón, corrían por los estrechos pasillos del sótano, descubrían los camerinos, se miraban en esos espejos gigantes.

"Después de ensayar varias veces todo el repertorio, se hizo de noche y el público empezó a llenar las sillas. La maestra de ceremonias les dio la bienvenida a todos los asistentes, y en menos de lo que me esperaba todo estaba por comenzar. Le di una mirada al público y vi que el teatro estaba repleto de personas expectantes. El telón se abrió. Yo lo sentí como una eternidad, aunque en realidad tan solo hubiesen sido un par de segundos. Estaba muy nervioso, pero también muy emocionado. Ya estábamos al descubierto. Nuestro escudo protector de tela larga, roja y suave ya no estaba. Las luces se encendieron. La piel se me erizó. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo. El concierto había iniciado", así describe Miguel ese momento.

La sala se llenó de acordes, ritmos, notas musicales, un momento lleno de magia. Ese día había bailarines en el escenario moviendo sus trajes coloridos al ritmo de la música. Los papás comentaban sobre el nacimiento de la orquesta y señalaban orgullosamente a sus hijos: "Mira, el del instrumento dorado gigante, el que es más grande que él, ese es Andrés".

Cada uno de los profesores a cargo puso su mejor empeño, dentro de los sueños y la pasión que significaba este concierto. La comunicación era con miradas y sonidos. "Era la primera vez que hacía un ensamble con chelos,



contrabajos, trompetas, clarinetes, saxofones. Fue increíble. Hubo errores musicales, pero siempre les dije: 'La tarea de un músico de orquesta es transmitir sentimientos, eso es hacer música, no importan los errores, lo importante es la actitud que se tiene"', dice Camilo Uribe, profesor de violonchelo y contrabajo, refiriéndose a aquel momento. Para este profesor de música, que lleva cuatro años trabajando en el Colegio Montessori, este concierto fue emotivo por ver cómo todos se abrazaban, se felicitaban y hasta se reían de los errores que habían cometido.

"He escuchado que las cosas que uno más disfruta son las que más rápido se acaban y con los años he podido comprobar que efectivamente es así. Un claro ejemplo fue aquel primer concierto. En menos de lo que creí, la audiencia nos dio un grandísimo aplauso que llenó todo el recinto y nos sacó una sonrisa. Fue la mejor recompensa para un trabajo bien hecho", dice, por su parte, Miguel, mientras sus ojos azules bailan de emoción.

Allegro con brío, rápido animado, energético

Ahora, Cristóbal está en once y Miguel en décimo. Hace seis años ellos fueron pioneros de este sueño, al que se han integrado nuevos profesores y en el que participan más estudiantes. La pequeña casa del semillero, donde inicialmente los niños iban a recibir las clases, se transformó en varias salas especiales, confortables y acondicionadas para recibir a los jóvenes músicos. Este proceso hizo merecedora a la Orquesta Sinfónica del Colegio Montessori de la distinción Cecilia Lince Velásquez del Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación, en el 2014.

Por los corredores y salas de reuniones del colegio se escuchan sonidos de los ensayos y de las clases de música. Las notas de Beethoven y de Lucho Bermúdez acompañan las conversaciones cotidianas de los profesores. Cuando esos sonidos llegan a la rectoría, Myriam suspira de emoción y en su rostro se dibuja una sonrisa.

Cristóbal le hace gala a su condición de miembro fundador. Inquieto por el arte, siempre atento a la creación de los guiones de los conciertos, en el diseño del vestuario y listo para interpretar su clarinete. "Es emocionante cuando puedes reunirte con estudiantes de diferentes grados y crear algo en conjunto, y mientras todo ese proceso, puedes escuchar sus historias, reír con ellos, crear lazos que nunca pensaste que podrías establecer", comenta él, cuando le preguntan por lo que ha significado en su vida ser parte de este proyecto.

Cada profesor ha sido artífice y promotor de este proyecto escolar: Fidel Duque, con sus instrumentos de madera y su lucha con las cañas, quien en

broma dice, se siguen comiendo los niños; César Pineda, jugueteando con trompetas, cornos y trombones, y proponiendo a sus alumnos nuevas partituras, cada vez más difíciles; Gilberto Higueta, recibiendo con los violonchelos y contrabajos a los niños más pequeños; Camilo, avanzando con los más grandes entre arcos, cuerdas y colofonia, depurando la técnica y mejorando la afinación; y Lucas Acevedo, que logra entrar en el imaginario de los más pequeños, y juega con ellos a descubrir cada parte del violín.

En el colegio, la orquesta se ha convertido en un espacio de arduo trabajo, compañerismo, alegría y amistad. Cristóbal se emociona cuando hoy, a punto de graduarse, habla de ella: "Felicitó a todas esas personas, que con su tiempo, esperanza y dedicación hicieron posible este proceso, y más que todo, agradezco a quienes fueron partícipes, hicieron mi experiencia del colegio inolvidable, algo que permanecerá en mi corazón".

Así como se alcanzó este sueño, el Montessori quiere llevar su música a todos los rincones de Colombia y, por qué no, del mundo. Compartir su experiencia y mostrar que es posible que los niños tengan la oportunidad de tocar un instrumento, de hacer parte de una orquesta sinfónica y de rescatar el valor de la sensibilidad que permiten la música y el arte, en la institución donde estudian.

"La música le trajo alegría y emoción a mi vida, y eso es algo que para mí no tiene precio. Cada vez que me monto a un escenario, siento que entro a un mundo donde no existen los miedos, en un lugar donde soy capaz de hacer cualquier cosa. Gracias a la música siento que ese mundo se ha ido lentamente convirtiendo en mi realidad y por esto es que yo ya no soy el mismo y me siento inmensamente feliz por ello", concluye Miguel.







Sor Silvana Vélez Álvarez

Las profesoras de Lengua Castellana Sor Silvana Vélez Álvarez, Diana Patricia Palacio Medina, Justine Colorado Gutiérrez y Catherine Molano Correa han sido las artífices del proyecto "Plan Lector" en el Instituto San Carlos. Ellas tomaron de la mano a niños y adolescentes para mostrarles que la literatura no tiene que ser una materia más, sino que puede convertirse en una compañera de vida. Ellas, en grupo, ganaron la Distinción Cecilia Lince Velásquez, y designaron a Silvana para que narrara cómo se vive este proyecto.



Leer la vida



En mi mente, empezaron a surgir imágenes de niños y jóvenes leyendo, entusiasmados y felices. En pre-escolar, se recitaban los versos de *Aserrín, aserrán, los maderos de San Juan* y del *Renacuajo paseador*. En primaria, se deleitaban con las migas de pan de Hansel y con las aventuras de *Simón, el mago*. En el bachillerato, algunos soñaban con tener el enorme y atractivo cuerpo de *Esteban, el ahogado más hermoso del mundo*; otros se embelesaban con los brebajes de *Celestina*; y otros tantos no sabían si creer lo que Don Quijote veía: unos gigantes que lo atacaban, o considerar la descripción del narrador sobre los molinos de viento.

De pronto, una sacudida me trajo a la realidad. De pie, a mi lado, estaba la asesora, pidiendo que le compartiera mi plan de trabajo.

—¿Miii... plan?! Aún no tengo un plan; pero lo diseñaré en cuanto conozca cómo funciona ese cuento del plan lector.

Abrió sus enormes ojos negros y me contestó:

—¡Cuento y aventura! ¡Porque el "Plan Lector" en el Instituto San Carlos es todo un acontecimiento! Y se vive todas las mañanas, de martes a viernes, durante 40 minutos. ¡Ya lo veré! —Y de inmediato, me extendió una lista de títulos, organizados según el grado.

Cuál sería mi sorpresa, cuando vi que no se incluía ninguno de los "clásicos". Y en mi cabeza, se agolpaban las preguntas: ¿Y *Las mil y una noches*? ¿Goethe? ¿*La odisea*? ¿Rulfo? ¿*Cien años de soledad*? ¿Dickens? ¿*La divina comedia*?

Continué observando y, de repente, la serenidad afloró en ese desconcierto: allí estaban las *Narraciones extraordinarias* de Ed-

gar Allan Poe, y los olores pútridos de la Francia del siglo XVIII se mezclaron en mi nariz al leer que aparecía *El perfume* de Patrick Süskind. Sí, señor, si estos títulos estaban en la selección, no cabía duda de que nos esperaba una gran experiencia de lectura y de compartir.

Mientras me desplazaba por el corredor del tercer piso, observé cómo en los salones los jóvenes iban organizando sus pertenencias y un libro quedaba sobre sus escritorios. Cuando llegué al salón de 10.º E, no había decidido cuál sería la mejor manera de iniciar esa aventura llamada "Plan Lector".

—Buenos días, jóvenes. En este primer día de nuestro "Plan Lector" vamos a darle la bienvenida a *La familia de Pascual Duarte*.

Observé que para todos no era tan agradable "la familia" que acababa de anunciar... Pero, ¿por qué?... Varios chicos expresaron su sentir:

—Leer me arrulla como para buscar mi cama y dormir —dijo uno.

—Esos libros son más enredados que muchos anzuelos juntos —expresó otro.

—No me gusta el tema ni lo que dice ese libro —puntualizó otro.

—Si tiene película, ¿por qué mejor no la vemos y nos evitamos tanto trabajo? —preguntó alguno más.

¡Qué problema!, pensé. Pero mi deseo de compartir el placer de leer me impulsó a proyectarme en una ardua y, sin embargo, maravillosa labor: acercar estos amigos, los libros, a las almas jóvenes que poco querían saber de ellos. Y para esto, requerían leer. Entonces, hice las preguntas de por qué y para qué leer:

—¡No sé, porque a mí no me gusta leer! ¡Qué pereza eso! —se quejó Daniel.

—Porque queremos saber —dijo Juan Pablo.

—Porque nos entretiene —gritó Camilo.

—Para reflexionar sobre diferentes asuntos —explicó Alejandro.

Y en ese momento, recordé que Aureliano Babilonia, en *Cien años de soledad*, leía con gran voracidad los pergaminos de Melquiades, queriendo saber quién era:

En ellos, estaba escrito su destino. Los encontró intactos [...] y no tuvo serenidad para sacarlos a la luz, sino que allí mismo, de pie, sin la menor dificultad, como si hubieran estado escritos en castellano bajo el resplandor deslumbrante del mediodía, empezó a descifrarlos en voz alta. [...] Fascinado por el hallazgo



[...], impaciente por conocer su propio origen, Aureliano dio un salto. [...] En aquel momento estaba descubriendo los primeros indicios de su ser.

—¡No, muchachos! Leemos porque estamos vivos y leemos para vivir.

—¡Oigan a la profe! ¡¿Quién dijo que la lectura le da vida a uno?!

—¡Claro que sí y las palabras también! ¿No han escuchado de Scheherezade en *Las mil y una noches*?

—¡Nooo! —gritaron al unísono.

—¡Ayyy, síiiii! ¡Yo lo leí cuando tenía 12 años!

—En ese libro, se cuenta que "el sultán Shahriar desposaba una virgen cada día y la mandaba decapitar al día siguiente. Quería vengarse porque fue traicionado por su primera esposa. Había mandado matar a tres mil mujeres cuando conoció a Scheherezade, quien se ofreció al sultán buscando aplacar su ira. En la habitación real, Scheherezade le pidió al sultán despedirse de su hermana, Dunyazad. Al acceder a su petición y encontrar a su hermana, esta le pidió un cuento, como secretamente habían planeado, y la esposa del sultán inició una narración que duró toda la noche. Scheherezade mantuvo al rey despierto, escuchando con asombro e interés la primera historia, de modo que le pidió que prosiguiera el relato, y Scheherezade adujo la llegada del alba para continuar la noche siguiente. Shahriar la mantuvo con vida ante la intriga de la narración por venir. Esto se repitió durante una y otra noche, encadenando los relatos, hasta que, después de mil y una noches de diversas aventuras, y ya con tres hijos, el sultán había sido entretenido y educado sabiamente en moralidad y amabilidad por Scheherazade, quien de concubina pasó a ser su esposa en pleno derecho" —les leí un fragmento de un análisis.

—¿Así se salvó la mujer de que la mataran?

—Sí, y de que asesinaran a otras. Y volviendo a las razones y propósitos para leer, ¿cuáles son los temas que más los inquietan?

—¿De dónde venimos?

—¿Dios existe?

—¿Qué es la muerte?

—¿Para qué vivir?

—Yo aún no entiendo cómo se sostienen las estrellas —varios soltaron la carcajada.

—¿Por qué las fronteras en los países?



—¡Muy bien! ¿Quieren saber sobre estos asuntos? Entonces, empecemos con la lectura de *La familia de Pascual Duarte*. Lee tú, Andrés.

—“Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo. Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte. Hay hombres a quienes se les ordena marchar por el camino de las flores, y hombres a quienes se les manda tirar por el camino de los cardos y de las chumberas [...]. Hay mucha diferencia entre adornarse las carnes con arrebol y colonia, y hacerlo con tatuajes que después nadie ha de borrar ya...”.

—¿Qué es eso tan raro? ¡No entiendo nada!

—Espera, Genaro, dale la oportunidad a la obra. ¿Qué es lo que te parece tan raro?

—Eso de “los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer”, y las tales chumberas y el arrebol.



—Bueno, vamos por partes. Detengámonos en las *chumberas*. Lee la oración completa e intenta dar un significado a esa palabra.

—Hmm... ¿Son chuzos?

—¿Por qué lo dices?

—Porque dice que "hay hombres a quienes se les manda tirar por el camino de los cardos y de las chumberas", y yo sé que los cardos son como chuzos o espinas.

—¡Ajá! Y ese sinónimo que encontraste al relacionar la palabra con las que la acompañan se llama significado por contexto. Es muy útil porque no siempre tendremos un diccionario a la mano. Ahora intenta con *arrebol*.

—¿Crema o polvo?... Pues, digo, porque es algo que se pone en la piel.

—Sí, pero dale un color.

—¡Ah, eso que usan ustedes las mujeres en la cara! ¿Rubor?

—También puede ser labial, el hecho es que se trata de color rojo.

—Bueno, profe, ¿y qué hago con esa frase?

—La lees de nuevo y revisas cada palabra, teniendo en cuenta todos tus conocimientos, no solo los de español.

—"Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer". El cuero se refiere a la piel que tenemos todas las personas, y esto nos iguala; es decir, que al nacer todos somos iguales.

—¡Sí! Ahora, lee todo el fragmento y relaciónalo con tres palabras.

—Vida, destino y decisión.

—Entonces, ¿qué dice este fragmento?

—Que cuando nacemos, todas las personas somos iguales, pero el destino hace que vivamos de manera diferente, aunque siempre terminamos muriéndonos. O sea que no podemos decidir. Pero, ¿eso qué tiene que ver con mi pregunta?

—¿Cuál es la pregunta que formulaste?

—Cómo ser felices.

—Genaro, no tuviste en cuenta la primera oración del fragmento: "Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo".

—Eso parece un rezo.



—¡No! ¡Léela en voz alta, deteniéndote en los signos de puntuación para que puedas tomar aire, y para que el texto te suene y puedas entender qué dice.

—“Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo”. ¡Ah, ya! El autor le está hablando al lector; y le dice que él no es malo aunque tiene razones para serlo.

—No es el autor, es el narrador, que también participa de la historia y le habla a otra persona que también está en la historia. Pero bueno, eso que dice resúmelo en una palabra de las tres que dijiste ahora.

—¡Decisión! Porque él toma la decisión de ser buena persona, en vez de ser maloso.

—Ahora, ¿encuentras en el fragmento algo que responda a tu pregunta?

—Sí, que podemos ser felices, tomando decisiones que nos ayudan a ser buenas personas.

—¡Ya ves! Leer es poner a funcionar todas nuestras capacidades y habi-



lidades mentales: percibir, atender, relacionar, discernir, decidir; lo cual nos lleva a actuar. ¡Sencillo, leer es pensar!

—¿Así tengo que hacer siempre?

—No necesariamente; solo es una de las muchas estrategias para entender un texto. En el camino iremos aplicando otras.

—Profe, en este libro de los Duartes, ¿hay más cosas sobre cómo ser felices?

—No son los Duartes, sino los Duarte, pues a los apellidos no se les agrega esa "s", porque el plural está dado por el artículo "los". Y con respecto a tu pregunta, la responderás tú mismo, cuando avances algunas páginas y en la medida en que termines el libro.

Y así, entre reproches y aceptaciones, entre quejas y diversiones, pasaron muchas horas del "Plan Lector", conociendo personajes y viviendo un poco con sus historias: Grenouille y la elaboración de *El perfume*; Augusto y su *Niebla* de pensamientos; *Frankenstein* y su extraña criatura... Hasta que un día le tocó el turno a *Contante y sonante* de Kate Cann, cuya historia logró atrapar los corazones inquietos y ambiciosos de quienes eran mis "interlocutores literarios del momento": "Me llamo Rich y soy inglés. Y es chistoso porque en inglés *rich* significa 'rico', y en este momento solo tengo 72 peniques en el bolsillo de mi gastada chaqueta y no veo muchas posibilidades de conseguir más dinero hasta el viernes. No tengo para comprar ropa. No tengo para comprar cerveza. No tengo para comprar nada. Debería reemplazar todos mis lápices de dibujo pero tampoco tengo para comprar unos nuevos".

—¿Qué llama la atención en esta historia?

—El tema. Se trata de dinero, lo que todos nosotros queremos. Y lo mejor: ¡Es superfácil de entender!

—¿Dinero? ¿Para qué?

—Profe, para invitar a las amigas y para comprar lo que queramos...

—Alguna vez, ustedes dijeron que querían felicidad, amor, éxito... ¿En qué va eso? ¿Esto se consigue con dinero? ¿Cuál es el precio de cada uno?

—No se consigue todo, pero ayuda. Además, usted nos ha dicho que no seamos prevenidos, y que le demos la oportunidad al texto.

Ahí, mi ofuscación por la frivolidad de los jóvenes y lo plano y simple de la historia de aquel libro perdió toda validez, y recordé que "los libros son como espejos: mirándonos en ellos descubrimos quiénes somos". Así que esta era la

oportunidad para la reflexión sobre sí mismos; por esto, era necesario llevarlos a que se vieran en el personaje, reconociendo su realidad.

—Está bien, avancemos. Lee tú, Jorge Luis.

—“Entonces nuestro Rich logró entender que Portia, la mujer de sus sueños, no era más que eso: un sueño, una ilusión; y que los ansiados billetes sólo eran el medio para acceder a lugares y momentos vanos, que se iban esfumando entre consumo y consumo”.

—¿Qué tienen para decir sobre estos personajes y sus historias?

—Profe, es que Portia representa a la mujer maniquí, que le gusta que la exhiban y llamar la atención.

—Parece que no sintiera amor y no le importaran las personas que la rodean.

—A Rich le llamaba la atención su belleza externa, pero no encontró que fuera bonita en su manera de ser; por eso, le gustó más la sencillez y la sensibilidad de Bonny.

—¿Y qué habría hecho cada uno de ustedes si fuera Rich?

—¡Yo no sé, porque a veces un cuerpo y una cara llaman mucho la atención!

—Además, a uno le dan ganas... ¡Ay, qué pena, profe!

—¿Pena por qué?

—Porque de esas cosas no se habla en clase.

—Claro que sí, porque esas cosas, como tú dices, Mateo, hacen parte de ti y de mí; es decir, la sexualidad hace parte de la vida del ser humano y es necesario pensarla y aprender a tomar decisiones acertadas; y en caso de que nos equivoquemos, tener elementos para enfrentar esas situaciones.

—Mi papá me ha dicho que no solo hay que sentir, sino que es necesario razonar.

—Sí, Julián, teniendo en cuenta por qué y para qué lo que hacemos. Ahora, escriban un texto que desarrolle el planteamiento “Si yo fuera Rich”.

Hubo toda clase de opiniones, concepciones y posturas frente a las actitudes y decisiones del personaje. Incluso, hubo quien no escribiera el texto “porque no le interesaba eso”. Entonces, me preguntaba qué hacer, cómo podría guiar a estos jóvenes para que la lectura ocupara un pequeño lugar en sus vidas. En este punto me hallaba, cuando observé que aquellos jóvenes que se negaban a leer, lo que más disfrutaban era la conversación con sus



“Plan Lector” en diferentes grados. Y un día, mientras caminaba hacia la sala de profesores, repasaba en mi mente las obras que había leído e intentaba catalogarlas por el orden de deleite que me habían deparado; pero era evidente que las que más tocaban mi ser eran aquellas que habían fortalecido mi carácter en momentos de adversidad. Allí, les pregunté a mis compañeras docentes.

—¿Qué posibilidad tenemos de elegir las obras para trabajar en el “Plan Lector”?

—Depende de la oferta que presente la editorial del momento —me contestó Maribel.

compañeros. Así que empecé a permitir breves conversatorios en parejas, contándose el fragmento que habían leído quince minutos antes.

En una ocasión, escuché cuando Daniel le preguntó a Miguel:

—¿Esa vieja de *Respirando cerca de mí* sí estará enamorada de Henry?

—¿Cuál? ¿Aarónica?

—Sí, la del Messenger.

—¡Ah, es que usted no ha avanzado en el libro! Más adelante uno se da cuenta de que no es una mujer ni es joven ni se llama así.

—¿Cómo así? Entonces quién es, cuénteme, pues.

—No, niño, léalo que es muy bueno.

—¡Listo!, yo lo leo; pero dígame si quiera el nombre. ¿Quién es?

—No dicen el nombre, pero es un man.

—¡¡¡¿Un man?!!! —y ambos se reían.

Los años fueron pasando y fui conociendo las obras propuestas para el



—¿Y es posible revisar esa oferta?

—Claro. ¿Qué quieres proponer? —me interpeló Diana.

—A García Márquez, al *Quijote* y autores "más clásicos".

—Pero, ¿a los muchachos sí les motiva? —preguntó Catherine.

—Es que si no los acercamos a ellos, no los conocerán nunca. Es un riesgo que debemos correr. Por eso, es necesario acompañar más ese proceso de lectura desde los contenidos del área.

—Está bien, pero los alternamos con autores contemporáneos —propuso Justine.

Así, en octavo, compartimos la angustia que vivió nuestro libertador Simón Bolívar, desde la infancia, hasta morir en los brazos de su leal amigo y servidor José Palacios; y alcanzamos a sentir *La dulce compañía* de un ángel que llenó de inquietud y alegría a una periodista, y que causó gran revuelo en una zona triste de Bogotá. En noveno, se quedaron en nuestras mentes las imágenes del asesinato de Santiago Nasar y la tristeza de su amiga Margot, quien quedó convencida de que pudo haberlo salvado de la feroz carnicería a la que fue sometido por los hermanos Vicario. Y en décimo, no olvidamos la gran amistad que se fue tejiendo entre Don Quijote y Sancho Panza. Aquella relación que se inició por la promesa de triunfos y riquezas, pero que luego fue develando los estados más sublimes y también los más abyectos del alma humana.

En cada momento de compartir la experiencia de lectura, ha sido una oportunidad de conocimiento del compañero, del amigo, del foráneo. Porque eso es lo que ha brindado cada estrategia que se ha propuesto para dar cuenta de la lectura, pues en el análisis, la reflexión y la crítica nos hemos acercado a la humanidad del otro, tan diferente pero tan similar a todos. Así, hemos ido explorando nuestro interior y la realidad circundante; y hemos ido entendiendo que Ítaca no es esperanza solo para Odiseo, sino para la humanidad entera. Hemos entendido que todos estamos llamados a hacernos sordos a cantos envolventes de sirenas, a independizarnos de calipsos seductores, buscando llegar a la meta que guarda nuestra felicidad, sin importar que esté habitada por pretendientes inicuos y holgazanes.

Cada año, a finales de octubre, ha sido gratificante ver las correrías de los jóvenes de undécimo, con papelito en mano y diciendo:

—Uff... Valió la pena todo ese trabajo de lectura y escritura, ¡mi puntaje fue de 75!



—El mío fue de 68.

—Yo saqué 72.

—Es que el “Plan Lector” nos sirvió para enfrentarnos a esos textos tan largos y tan enredados.

—¡Y eso sin contar con lo que nos espera en la U!

—¡Y lo que nos espera en la vida!

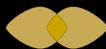
Hoy, como hace seis años, cuando llegué al Instituto San Carlos, con la gran expectativa de la labor que desempeñaría en el área de Lengua Castellana y especialmente en el “Plan Lector”, mi motivación por compartir la pasión por la lectura y mi asombro ante los descubrimientos hechos al lado de mis jóvenes “interlocutores literarios” continúan dando a la labor de “maestriar” todo el sentido que esta necesita.

—Profe, ¿a usted no le gustaría cambiar de profesión? —me han preguntado muchos jóvenes.

—¡No! Es una tarea ardua, pero también excitante. Y no quiero renunciar a la posibilidad de acompañarlos a leer, releer, reflexionar, cuestionar, reafirmar, proponer, construir; en síntesis, vivir. Porque, como dice nuestro premio Nobel, “las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra”; y por esto, tenemos que aprovechar esta, la única oportunidad que tenemos.

Los
Maestros
cuentan





Luis Fernando Vélez Vélez fue abogado, antropólogo, teólogo, indigenista y defensor incansable de los Derechos Humanos. Nació en Salgar, Antioquia, en 1944. Fue educador en distintas universidades de Medellín, entre ellas la Universidad de Antioquia, donde ejerció varios cargos administrativos con una visión de transformación social y cultural. Fue asesinado en diciembre de 1987, tras desempeñarse como presidente del Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos en Antioquia.

Medalla Cívica

Luis Fernando Vélez Vélez







Eldy Eliana Zuluaga Soto

Desde hace 14 años, Eldy Eliana Zuluaga dirige el grupo Manos Blancas, conformado por niños y jóvenes sordos que se dedican a cantar. El proyecto recibió en el 2014 la Medalla Cívica Luis Fernando Vélez Vélez del Premio ciudad de Medellín a la calidad de la educación.



Cantantes de manos aladas



Cuando tenía siete años, llegué a vivir al barrio Manrique Central. En esa época, empezando la década del ochenta, iba con mi madre y mis hermanos de paseo al Colegio de Ciegos y Sordos —CIESOR, como era llamado—. Recuerdo que podíamos correr por sus jardines florecidos, ver los árboles llenos de frutos, disfrutar de los columpios y de la piscina que, a esa edad, me parecía un lago. Me maravillaba viendo a los sordos comunicarse mediante la lengua de señas; los seguía y trataba de imitarlos procurando compartir con ellos. Luego, al llegar a casa tomaba mis muñecas, las sentaba y empezaba a dictarles clase, tratando de imitar los movimientos que hacían esas personas tan especiales.

Años después, a finales de 1993, Stella Jaimes Amaya me invitó a una clase a partir de relatos bíblicos. Su encuentro sería con un grupo de sordos en la iglesia cristiana Centro de Fe y Esperanza Central. Decidí acompañarla y ahí me enganché nuevamente con la comunidad sorda. No me quería perder ninguna de las clases, empecé a capacitarme de manera informal en la lengua de señas. Stella y los sordos con los que nos relacionábamos se convirtieron en mis primeros profesores. ¡Gratos recuerdos!

En ese contexto tomé decisiones frente a mi formación profesional. Ingresé al Tecnológico de Antioquia, en el segundo semestre del año 1994, con el ánimo de cursar una Licenciatura en Educación Especial. Mi propósito era prepararme y adquirir herramientas para trabajar profesionalmente en medio de es-



ta comunidad. En el segundo semestre de 1999 terminé el pregrado con la ilusión de vincularme laboralmente a esa institución educativa donde había visto por primera vez a los sordos y que ahora llevaba el nombre Colegio de Atención al Limitado Sensorial Francisco Luis Hernández Betancur.

El 1 de agosto del 2001 llegué al tan anhelado colegio a trabajar como docente con la población que me cautivó desde que era niña. Con el paso del tiempo comprendí que las experiencias vividas desde mi infancia fueron un regalo del Dios de la vida, preparándome para ser mediadora cultural y participar en los procesos formativos entre la comunidad sorda. Ahora entiendo, además, que todas estas vivencias no son fruto de la casualidad, así lo parezca.

Al llegar a la institución experimenté diversas sensaciones: por un lado, esta era la oportunidad deseada, la realización de un sueño; de otro, era un gran reto. Me encontraba ante la responsabilidad de trabajar en medio de los sordos, llevando a la práctica los saberes adquiridos en la formación universitaria, combinados con las experiencias y vivencias generadas en el contacto con ellos. El previo acercamiento a su comunidad, a su lengua y la facilidad para comunicarme mediante esta permitió que me adentrara en sus corazones, que ellos creyeran y confiaran en mí, considerándome incluso como parte de ellos. Alguno me dijo: "Ojalá fueras sorda como nosotros".

Nace el grupo Manos Blancas

Una mañana de agosto del 2001 me dirigí a la oficina de la rectora Eleonora Herrera para hacerle una pregunta de rutina. A pesar de encontrarse en una reunión con Juan Guillermo Ocampo, director de la Red de Bandas y Orquestas de Medellín AMADEUS, me recibió amablemente y me hizo partícipe de su conversación. Él nos propuso conformar un grupo de sordos para que interpretaran en su lengua y usando guantes blancos, las canciones que los jóvenes de AMADEUS interpretaban con sus voces e instrumentos en conciertos. Ahí surgió el nombre que hasta hoy lleva el grupo: Manos Blancas.

En mi interior hubo mezcla de emociones. Primero, susto por el hecho de enfrentarme a la música, un arte en el que no tengo habilidades. Mi hermano menor, músico de verdad, me dice de manera jocosa: "Nanita, canta en señas, es que así se te oye más bonito". También experimenté inmensa felicidad, pues era inevitable pensar en los alcances y beneficios que esto podría tener, tanto entre la comunidad sorda, como entre los "oyentes". Era una inusitada oportunidad para hacer intercambios culturales: sordos y oyentes teniendo en un mismo tiempo y espacio una cita con la cultura y el mundo del otro.



En cuanto a los criterios para seleccionar los integrantes del grupo, se consideraron dos: buen desempeño académico (un premio a los mejores estudiantes) o dificultades académicas o de socialización (una oportunidad para descubrir talentos). Yo me incliné por el segundo. La emoción de los estudiantes frente a este proceso fue grande. El solo hecho de pensar en participar en conciertos los ponía nerviosos. Sus rostros se transformaban: levantaban las cejas, abrían sus ojos. Algunos acudían a las manos y otros las empuñaban y las acercaban a sus mejillas.

Primeras experiencias en conciertos

Elegir las canciones es una de las tareas básicas en el proceso. Entre los criterios que tengo para seleccionarlas están que las letras contengan temas esperanzadores y de motivación personal; que destaquen los valores; y que lo representado con señas tenga coherencia con la dignidad humana, la valentía y coraje de los sordos y de los ciegos. Así, el mensaje que se le presenta al auditorio acerca de las personas sordas y ciegas es más fuerte.

Junto con la rectora y con la colaboración de la docente Yolima Molina Rojas, reunimos a los estudiantes y empezamos el trabajo. Ellas me apoyaban en asuntos disciplinarios, mientras que yo trabajaba en la explicación de cada una de las canciones y en la enseñanza de las mismas en lengua de señas colombiana.

Nos encontramos con estudiantes que, en medio de la emoción, no lograban coordinarse ni para hacer la fila. Todos querían estar en el primer lugar, querían mostrarse, pasar del anonimato al reconocimiento, sentirse valorados, aplaudidos, mostrar que eran capaces de hacer algo por lo que otros se podrían sentir orgullosos, eso era lo que ellos mismos expresaban.

Fue un trabajo arduo que consistió no solo en seleccionar y traducir las canciones, sino también en aspectos tan sencillos como enseñarles a hacer una fila según las estaturas, a ser conscientes de lo que significa trabajar como un equipo, respetándose, apoyándose. Se trabajó, además, el mantener altos niveles de atención, concentración y memoria, en la importancia de la disciplina al realizar tareas sencillas.

Nuestro primer concierto se realizó el 3 de diciembre del 2001 en el Hotel Intercontinental y fue emocionante: estudiantes, padres de familia y acudientes que los acompañaban no podían creer lo que estaban viviendo. Para muchos era la primera vez que entraban a un lugar como el Hotel Intercontinental. El público, aunque en número no alcanzaba a llenar el espacio, era lo suficientemente significativo para que al realizar la presentación, los inte-



grantes del grupo fueran impactados de manera positiva.

A ninguno de los participantes le importó la hora —7 de la noche— para la que estaba programado el concierto. Ni siquiera se limitaron por pensar que al final de la presentación serían llevados hasta el centro de la ciudad y que desde ahí cada uno con sus propios y escasos recursos tendría que continuar el camino hacia su casa.

En los momentos previos al concierto —que, por cierto, sentíamos eran eternos—, la rectora, dos docentes de la institución, la intérprete de lengua de señas colombiana para sordos Lilian López —quien me apoyó en las primeras presentaciones—, los estudiantes, padres de familia, acudientes y yo estuvimos esperando de manera ansiosa, con nervios, emoción y gran expectativa preguntándonos cómo sería la reacción del público. Conversábamos entre nosotros sobre el tema y todos coincidíamos en decir: "¡Qué emoción!".

A pesar de que habíamos ensayado infinidad de veces las canciones para las presentaciones, era inevitable que nos temblaran las manos, que al hacer las señas se vieran como robóticas y que los gestos de las caras se paralizaran.



El director de AMADEUS inició el concierto con sus músicos anunciando al público: "Esta noche es especial, les tenemos una sorpresa". En la mitad del recital, después de generar expectativa, llamó al Grupo Manos Blancas y lo presentó como un regalo de Navidad.

Cuando salí al escenario miraba al público. Aunque en la penumbra no alcanzaba a dimensionar la cantidad de asistentes, el corazón se me quería salir del pecho. Solo logré tranquilizarme cuando les di la espalda para empezar a dirigir a mis estudiantes, quienes, durante el concierto, podían ver la reacción de las personas que los observaban. Mis dirigidos, con sus rostros sonrientes me transmitían la acogida que estaban teniendo.

Los estudiantes manifestaron sentirse felices. Ser el centro de atención, no por su situación de discapacidad, sino porque estaban realizando algo que generaba impacto, los hizo sentirse importantes y valorados por "los otros", los oyentes, a quienes de alguna manera miraban con desconfianza y recelo por temor a ser rechazados al intentar acercarse a ellos.

Varios de los asistentes expresaron sentirse retados y confrontados por los sordos, a quienes veían radiantes, con entusiasmo hacia la vida. Hubo quienes, incluso, les ofrecieron dinero. Fue un momento para enseñar, tanto a los sordos como al público, que el interés no era generar lástima. Era demostrar las capacidades y el potencial que tiene cada uno, que ser diferente no es sinónimo de incapacidad y mucho menos motivo para sentir pesar; y si hay necesidad de algo, es de oportunidades para reconocer lo que se es capaz de lograr cuando se trabaja con pasión, constancia y disciplina.

Durante diciembre nos presentamos en varios lugares. El impacto en la comunidad oyente y entre los sordos fue grande. Los padres, emocionados al ver a sus hijos participando en los conciertos navideños brindados por la red de bandas y orquestas; los asistentes, maravillados de una expresión artística que nunca antes habían visto; los sordos, sintiéndose importantes e iguales a los oyentes, por fin se podían ver así, aplaudidos igual que ellos; los jóvenes oyentes, impactados, queriendo estar con los sordos, aprendiendo de ellos, de su lengua, de sus gustos e intereses, buscando la forma de intercambiar datos para seguir en contacto.

Esta experiencia demostró que la inclusión es posible si se respetan las particularidades. Posibilitó, además, dar a conocer la Institución Educativa, difundir la lengua de señas. Y, también, modificar representaciones sociales o imaginarios frente a la población sorda, tales como: "Los sordos son mudos, no entienden, tienen retardo mental, no se pueden comunicar", "Los sordos son malgeniados, agresivos, violentos...". Fue la oportunidad para resaltar la dignidad del sordo como persona.



Nuevas experiencias

Terminó el ciclo de presentaciones con la Red durante ese diciembre del 2001. Para mi sorpresa, el grupo no se detuvo. Al iniciar el año escolar en el 2002, la rectora de la institución empezó a recibir llamadas. La buscaron maestros, rectores, gerentes de empresas privadas, coordinadores de proyectos del gobierno, profesores de universidades, para invitar al grupo a presentarse en sus respectivas instalaciones o en eventos que estuviesen programando.

Así nos consolidamos como un grupo que no solo interpretaría canciones acompañado por la Red de Bandas y Orquestas de Medellín. También lo haríamos de manera independiente amplificando las canciones en cada auditorio donde nos presentaríamos; así, el público escucharía la música y letra de cada canción, y observaría a los sordos interpretándola en lengua de señas bajo mi dirección.

Para el año 2002, la Institución Educativa únicamente atendía población sorda y ciega. De hecho, uno de los integrantes, Jeison Ospina Grisales, era



ciego y sordo. Lo recuerdo de manera particular porque la alegría que reflejaba a cada instante retaba a los asistentes a ver la vida con optimismo y agradecimiento a Dios por lo que nos brinda. Jeison se destacaba en el Grupo Manos Blancas y también lo hacía en las aulas de clase. Se convirtió en el mejor amigo de sus compañeros, en un ejemplo a seguir porque nada lo detenía. Esto lo logró, en gran medida, por el fiel acompañamiento de su familia, en especial su madre, Sor María Grisales. Ella se convirtió no solo en el permanente apoyo de su hijo, sino también en mi mano derecha, pues durante los conciertos estaba cuidando a cada uno de los estudiantes.

Separamos tiempos específicos para ensayos, para ajustar más canciones a la lengua de señas colombiana. En este punto, los estudiantes, emocionados, daban ideas de cómo podrían ser las señas de las canciones, de qué gestos o movimientos se podían hacer para expresar el sentido de cada letra.

En esta etapa, además de presentarnos en nuestra institución, fuimos como grupo a los diferentes espacios y eventos a los que nos invitaban. Las presentaciones facilitaron que los sordos ampliaran su visión del mundo mediante el contacto con personas en condiciones distintas a las suyas. Se relacionaron con adolescentes y jóvenes de diferentes contextos sociales. Hicimos presentaciones en colegios y organizaciones de los estratos altos de la ciudad y también en instituciones educativas y entidades en estratos donde se localiza la población menos favorecida. Hicimos contacto, además, con padres de familia, personalidades de la vida pública, del Gobierno Nacional, departamental, representantes de organizaciones públicas y privadas, gente con múltiples historias de vida e incidencia en el ámbito político.

Abundantes y de diferentes características son las reacciones que el grupo ha generado en el público. Quiero destacar una en particular. Después de una presentación del grupo Manos Blancas en la Universidad de Antioquia, nos llegó una carta firmada por Hilda Mar Rodríguez, directora de la revista *Educación y Pedagogía* de la Universidad de Antioquia, en la que expresa algunas de las sensaciones que le generó la presentación del grupo. El escrito "La música se siente en las manos" resultó de motivación para el equipo:

La música se siente en las manos, fue lo que demostraron los integrantes del coro Manos Blancas, cantantes sordos capaces de transmitir la emoción de la música, la letra y el sentimiento que provoca la canción. Cantantes de manos aladas, capaces de describir las trayectorias de las palabras que se fugan para expresar la fugacidad de la libertad, la frescura de la paz, el encanto del amor. Manos ágiles en busca de un sentido que está en el rostro, en el movimiento, en la sonrisa sutil, en la mirada atenta.



(...) esta experiencia es intercultural, una combinación de dos lógicas, dos perspectivas, dos cosmovisiones; puestas una al lado de la otra, sin pretensiones universalistas o de exclusividad, con la intención de mostrar otra forma de ver, oír, sentir el mundo. He vivido la interculturalidad en un acto que duró 10 minutos. Y a eso también lo llamo *decolonialidad* (del ser, del saber), pues me dejé tocar por esa experiencia (sin limitaciones o excesivos racionalismos), me sumergí en la experiencia para sentir, de otro modo, la música (...).

Esto se ha convertido en oportunidades, tanto para los integrantes de Manos Blancas, como para sus familias, la Institución y su comunidad educativa. Hay beneficios de doble vía: los asistentes a los conciertos resultan inspirados y emocionalmente tocados por la sensibilidad que despierta el grupo. A su vez, los sordos son valorados, se levanta su autoestima, se reconoce su dignidad y su lugar como personas útiles, con talentos e importantes habilidades. De acuerdo con las reacciones, las familias de los sordos también han sido profundamente marcadas durante las presentaciones y en general con el hecho de que uno de sus integrantes haga parte del grupo Manos Blancas, que se ha convertido en un posibilitador de encuentros, ha contribuido a me-



jorar el vínculo entre la institución y las familias, despertando el interés de estas por los procesos formativos de sus hijos en el colegio.

El grupo Manos Blancas hoy

Actualmente, el grupo se encuentra conformado por cuarenta estudiantes sordos, quienes disfrutan cada una de las presentaciones, proponen cómo interpretar las canciones buscando arte y poesía en cada uno de sus movimientos y expresiones corporales y faciales a través de los cuales transmiten el mensaje de las mismas.

Desde el año 2014 y de manera paulatina, se han ido incorporando ocho estudiantes ciegos. Bajo la dirección musical del profesor Carlos Cárdenas y haciendo caso omiso de las barreras de comunicación, han logrado interactuar con los sordos, enriqueciendo sus relaciones, procurando el cuidado y bienestar de unos y otros.

En un año escolar, llegamos a tener alrededor de quince presentaciones, seguimos trabajando con el propósito de consolidarnos como una atractiva propuesta artística y cultural muy particular. La intención es fortalecernos con el auge de las políticas públicas y las normas vigentes para la inclusión, pero todo esto enfatizando en la dignidad del sordo, del ciego y su lugar en la sociedad. Esta experiencia es una oportunidad para crear sensibilidad y promover —entre los oyentes— la lengua de señas y, en general, la cultura del sordo.

Los
Maestros
cuentan







Martha Ligia Restrepo Henao

Martha Ligia Restrepo es profesora de sociales en el Instituto San Carlos. Desde que asumió este reto, se propuso llevar a sus estudiantes más allá de las cuatro paredes del salón de clases. La aventura comenzó en el Club de Historia y Geografía, un grupo de exploradores que aprenden sobre el clima, el relieve, la economía, la política y la cultura de los pueblos y ciudades que visitan. Santa Fe de Antioquia, El Cañón del Río Chicamocha y Machu Picchu son algunos de los lugares que Martha ha recorrido con sus alumnos. Esta iniciativa, que no se limita a la tiza y al tablero, fue reconocida en el 2014 con la Medalla Cívica Luis Fernando Vélez Vélez.



Próxima estación: aventura



Se acercaba la tan anhelada fecha. Estaba con los estudiantes de Sexto B, muchachos entre los once y los doce años. Ellos leían un libro de lengua castellana. Estaba recostada en el marco de la puerta observándolos. También debía estar leyendo, pero no podía dejar de pensar: "¡Dios, qué susto! Mañana salgo para Perú acompañada de algunos estudiantes del Club de Historia y Geografía. ¿Y si pasa algo?, ¿si alguien se enferma?, ¿si alguno se accidenta?, ¿si se me pierden?".

En el 2012, hace ya más de año y medio, le propuse a la rectora del Instituto San Carlos, colegio al que pedí ser trasladada en el 2007, crear el Club de Historia y Geografía, como una buena estrategia para enseñar las ciencias sociales y, sobre todo, como una forma de llevar a la práctica lo que los estudiantes aprendían en clase, pues al fin y al cabo esta es una materia bastante teórica. Ella, entusiasmada, me contestó: "¡Claro!, cuenta con todo mi apoyo".

De pronto, Felipe Churio interrumpe mis pensamientos:

—Profe, ¿por qué tan pensativa?

—Pensaba en el viaje a Perú.

—Por qué, profe?, ¿no ha empacado? Yo ya tengo mi maleta lista.

—¿Sí? ¿Qué llevas?

—Ropa para cada día, cosas de aseo, zapatos, cuaderno, lapicero... —lo interrumpí.

—¿Y qué expectativas llevas?



—¿Cómo será el viaje?, ¿qué vamos a conocer? Es la primera vez que salgo del país —me dijo mientras me miraba con una felicidad imposible de describir—. ¿Cómo será la persona con la que voy a compartir el cuarto?, ¿me gustará Perú?, ¿podré ver todo lo que aprendimos en las clases de los lunes?

—Felipe, veo que tienes muchas expectativas.

—Profe, ¿qué actividades académicas haremos?, ¿van a ser en grupo o individuales?

—No comas ansias. Allá te enterarás. Si te cuento se acaba la gracia.

Él se refería a las actividades académicas que en cada salida realizamos: completar mapas, encontrar pistas, entrevistar lugareños, y muchas más. “Mejor continuemos con la lectura”, lo abracé suavemente.

Al día siguiente mi angustia era mayor. Dilia, la profesora que me acompañaría a Perú, y yo teníamos que trabajar antes de ir al aeropuerto. Era viernes 20 de septiembre del 2013 y viajábamos a las siete de la noche. Ella, docente de ciencias sociales que acompaña el grado tercero, es oriunda del Urabá antioqueño. Una mujer aventurera, arriesgada y amante de la adrenalina, que nos ha acompañado en todas las salidas del Club.

En el colegio, todos nos deseaban suerte. Diana, una docente de Lengua Castellana, nos dijo: “¡Qué envidia!, pero yo no me iría con esa responsabilidad tan grande”. Imagino que muchos piensan lo mismo. Los docentes sabemos que se deben hacer salidas pedagógicas, pero para muchos es mejor lo seguro: quedarse en el colegio y, peor aún, no salir de las cuatro paredes del aula de clase. Pero esta experiencia me ha demostrado que se pueden hacer cosas diferentes para que los estudiantes aprendan y potencien sus habilidades. Y qué mejor forma de hacerlo que viajando.

Dilia y yo llegamos al aeropuerto a las tres de la tarde. Varios estudiantes estaban con sus familias esperándonos. En total viajaríamos 16 personas: cinco adultos y once estudiantes entre los once y los dieciséis años. No faltó el alumno que me dijera: “Profe, ¡qué maleta tan grande!”. Lo que no sabían era que además de mi ropa y de mis cosas personales, llevaba todo lo necesario para que esta salida pedagógica y recreativa fuera todo un éxito.

Todo estaba listo: tenía las autorizaciones autenticadas de notaría que los padres habían firmado para poder sacar del país a los estudiantes; la ficha clínica de cada uno y los datos que me permitían saber si eran alérgicos a algún medicamento; las actividades académicas que harían en Perú; la lista con los datos personales de los estudiantes y de sus padres; la información de cada habitación; la lista de los acompañantes y responsables de los alumnos; una



ficha para que los adultos manejaran el dinero de los estudiantes y un computador que me facilitaría el trabajo.

Los padres estaban inquietos y preocupados. Cuando llegó el momento de despedirse, todos nos pedían: “Profes, por favor cuiden mucho a mi hijo”. Pasamos el control de migración y llegamos a sala de espera. Por fin la azafata nos llamó para abordar el avión. Todos quedamos en sillas diferentes, pero cerca. Hasta que todos se acomodaron, no me senté tranquila. Cuando menos lo pensé ya estábamos en el aire. No tenía a mi lado a ninguno, pero dos de ellos estaban en las sillas ubicadas al otro lado del pasillo. Cuando los miré, Juan Pablo, un niño extrovertido, alegre, participativo, que todo lo pregunta, me dijo:

—¡Uy, Martha, hasta que por fin nos fuimos! ¿Recuerdas que al finalizar el año pasado nos preguntaste qué queríamos saber y conocer de Perú? Y mira, ya vamos para allá.

—Sí, claro que me acuerdo. Incluso recuerdo cuando estaba organizando el cronograma del Club, planeando lo que haríamos durante todo el año, y eso hace ya nueve meses.

Miré por la ventana del avión y se me vino a la mente la primera salida del Club. Fuimos a Santa Fe de Antioquia. ¡Aprendimos tanto! Conocimos la primera capital de nuestro departamento. Un municipio muy representativo y pueblo patrimonial de Colombia, como lo vimos en clase. Esa visita les generó muchas inquietudes. Recuerdo bien esa pregunta que me hizo uno de los niños en el parque: “¿Profe, acá se ve mucha prostitución? Mire esas niñas sentadas con esos viejos, y están bien borrachos en ese bar”. Esta inquietud me demostró que en el Club los estudiantes no solo aprenden geografía e historia, sino que también interpretan las realidades sociales que se viven en los lugares que visitamos.

De repente, Juan interrumpió mis pensamientos:

—Martha, ¿para dónde vamos el próximo año? —¡Solté la carcajada!

—Recuerda que este año es internacional, lo que quiere decir que el próximo debe ser nacional. Pero contestando a tu pregunta, vamos para la Guajira.

La decisión de incluir destinos internacionales surgió durante el viaje al Parque del Chicamocha en Santander, cuando uno de los estudiantes me expresó: “Martha, deberíamos intercalar los viajes entre nacionales e internacionales”. Le contamos la idea a la rectora y le pareció fantástica.

El Club de Historia y Geografía se divide en dos momentos: las reuniones académicas y las salidas pedagógicas y recreativas. Durante el año, se pro-



graman ocho encuentros académicos por cada viaje. Nos encontramos todos los lunes después de la jornada, de 2:30 a 4:00 de la tarde. En este espacio investigamos, aprendemos y realizamos actividades que nos permiten conocer la economía, la política, el relieve, el clima y otros aspectos importantes del lugar que vamos a visitar, y resolvemos las preguntas que se formulan al finalizar el año sobre los lugares que visitaremos al año siguiente.

Y en las salidas pedagógicas–recreativas vamos a esos lugares de los que tanto hemos leído e investigado en las clases. Cada año viajamos a dos municipios antioqueños y hacemos una salida nacional o internacional; además, al finalizar el año, llevamos a los integrantes del Club a un campamento organizado por la pastoral del colegio; en este espacio las actividades recreativas nos permiten reforzar el trabajo en equipo y la valoración de uno mismo.

Cuando llegamos a Lima, nos estaba esperando un señor canoso, bajito, pero imponente, y con voz fuerte me dice:

—Señora, yo vengo a recogerlos, ¡vamos ya!

Lo miro disgustada y le digo:

—Un momento me aseguro de que todos estén y tengan sus maletas.

—¡Es que no se pueden quedar acá parados! —me contesta, enojado.

—¡Pero yo no voy a dejar a ningún niño atrás. Tendrá que esperar!

Cuando notó mi enfado, se calmó. "¡Son bien imponentes estos hombres de acá!", pensé.

Salimos del aeropuerto con el señor. Hacía un fuerte aire frío, pero no llovía. Para acabar de ajustar, el carro que nos recogería no había llegado. Nos ubicamos en el parqueadero a esperar. Los estudiantes empezaron a tomarse fotos, a reírse de los sustos que pasaron en el avión. De repente, aparece ante nosotros un bus inmenso, parecido a esos que transportan a los jugadores de fútbol. Cuando nos montamos, Juan José Agudelo —un estudiante generoso e inteligente que siempre busca llamar la atención— me gritó desde atrás:

—Martha, te luciste. ¡Qué bus tan bacano!

—Sí —le contesté—. Lo mejor es que recorreremos la ciudad en él. Yo sé que todo va a ser por lo alto.

Ellos estaban felices. El bus era más o menos para cuarenta personas y los dieciséis quedábamos superamplios. Cuando comencé a llamarlos, David Rhenals, uno de los estudiantes mayores, un muchacho servicial y cariñoso, afirmó: "Martha, te propongo que nos enumeremos. En vez de llamarnos a lista, cada uno dice en voz alta su número y así sabremos quién falta". Todos lo apoyamos y nos enumeramos. Incluimos al conductor y al señor que nos recibió, que esperábamos no fuera nuestro guía durante todo el viaje. Hicimos la oración y nos trasladaron al hotel.

Era hermoso, recién construido, los pisos brillaban. Ellos tenían la ubicación de las habitaciones, tal y como las había programado desde Medellín. Estábamos cansados. Nos pidieron que pasáramos al comedor. Eran casi las once de la noche. Nos sirvieron la cena y bendijimos los alimentos.

Cuando se fueron a descansar, di una ronda por las habitaciones. Al finalizar, fui a recepción para aclarar que nadie estaba autorizado para salir y que me avisaran si veían a alguno de los estudiantes caminando por los alrededores, pero todos se acostaron muy juiciosos.

Cada uno de los días que vivimos en Lima fue maravilloso. Conocimos muchos lugares: la Plaza Mayor donde se encuentra el Palacio Presidencial, la Catedral de Lima, la Casa Luna, el Parque del Amor, el Circuito Mágico de Agua, las Islas Ballestas, las Dunas en el desierto de Paracas.

Cuando estábamos en la Plaza Mayor, Jacobo, el chico más "encajretado" del Club —no falta, participa, trabaja, aporta ideas y desarrolla con mucho esmero y agrado todas las actividades—, me dijo:

—Profe, cuando estábamos en las reuniones académicas, creo que por allá a finales de julio, usted nos entregó el abecedario en forma de jeroglífico para que descifráramos un mensaje sobre un aspecto físico, político, histórico, económico, cultural o social de Lima. A mí me tocó el del nombre del Presidente, y ahora estamos acá, donde él vive, ¡súper!

—Esa es la idea, Jacobo.

Cada momento vivido era un asombro, un cuestionarse, un retarse. De repente estábamos caminando por la Plaza Mayor y vimos unos lugareños. Juan José afirmó:

—¿Martha, te diste cuenta de que acá, cuando van en familia, los hombres caminan adelante y la mujer atrás cargando los hijos y los paquetes al mismo tiempo? ¡Tan machistas!, ¿cierto?

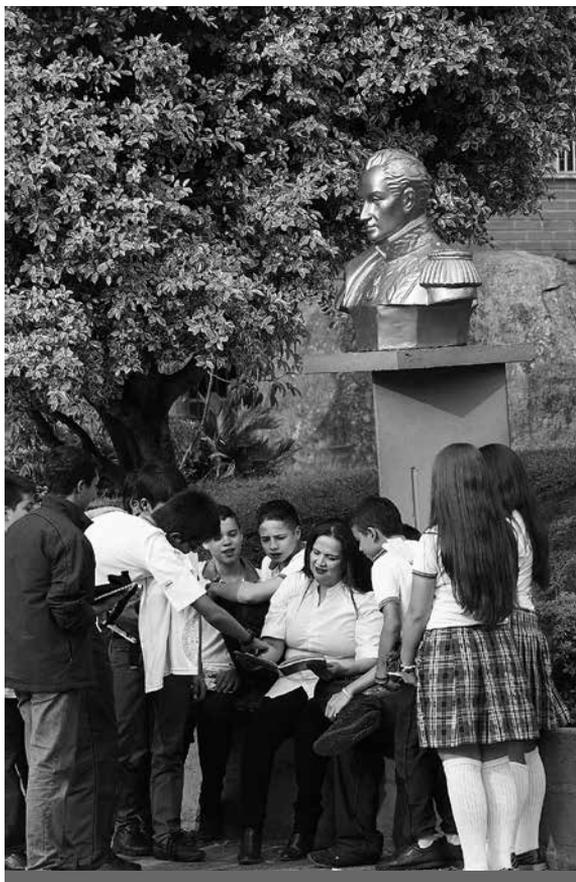
—Sí, lo noté desde que llegué. Recuerda que el señor que nos recogió en el aeropuerto era muy imponente.

—¡Uy!, sí, bastante —contestó Juan José.

El segundo día del viaje fuimos temprano a la casa de cambio que quedaba al frente del hotel. Los adultos estábamos haciendo cuentas de cuánto dinero íbamos a cambiar y qué necesitábamos. Estábamos un poco enredados, y Felipe Churio se acercó.

—Profe, ¿les ayudo?

—¿Tú eres capaz? —lo cuestioné.





—Profe, es fácil. David Rhenals nos enseñó ayer cómo hacer cuentas rápidamente.

—Bueno, dale.

En cuestión de minutos ya todos habíamos cambiado. Ese momento fue significativo, llenó mi corazón de alegría porque me di cuenta de que el Club potencia en ellos habilidades cognitivas. ¿Cómo era posible que en dos días ellos ya podían convertir dólares a soles y sabían cuánto se estaban gastando en pesos colombianos? Es ahí cuando confirmo que vale la pena hacer este tipo de salidas. Es verdad que es mucho el riesgo, pero ellos están aprendiendo para la vida. No solo aprenden sociales, refuerzan matemáticas cuando hacen cuentas, mejoran sus habilidades en lengua castellana al comunicarse con los lugareños, se acercan a las ciencias naturales cuando descubren la riqueza del medio ambiente que estamos visitando y comprenden el valor de la ética al comportarse correctamente.

Al tercer día nos trasladaron a Cusco, una ciudad colonial muy bonita. Conocimos muchos lugares, pero hubo uno espectacular, indescriptible, inolvidable, imponente, hermoso, era un sueño: Machu Picchu. Sí, uno se queda corto para describirlo.

Era nuestro séptimo día en Perú, el penúltimo del viaje. Este santuario histórico era nuestro principal objetivo del viaje a este país. En las reuniones académicas habíamos visto un video que mostraba la perfección con que los Incas construyeron este lugar, cómo organizaron el sistema de acueducto y alcantarillado, cuáles eran sus ritos sagrados y cómo aplicaban los conocimientos que tenían sobre el movimiento del universo, lo que les permitía saber el momento y el lugar adecuados para cultivar.

Antes de llegar a Machu Picchu, nos llevaron a un hotel en el Valle Sagrado, en Ollantaytambo. Ese día estábamos preocupados. Daniel, un estudiante que siempre busca el porqué de las cosas, estaba muy cerca del guía y lo escuchó hablar por teléfono sobre dificultades de orden público. Daniel, en una de las paradas, se me acercó y me comentó:

—Martha, el guía no hace sino hablar por teléfono sobre un paro que habrá mañana. ¿Y si no podemos ir a Machu Picchu?

—¿Cómo? No puede ser —contesté superangustiada.

Me acerqué al guía y le pregunté:

—¿Pasa algo? Es que los niños me dicen que han escuchado sobre un paro.

—Sí, profesora, ¡qué pena con usted! Pusieron barricadas en las calles. Nos vamos a tener que quedar encerrados en este hotel y mañana no podremos ir a Machu Picchu.

¡Dios, era el último día! Los tiquetes estaban listos para regresar. Esa noche fue un caos. Yo llamé a Medellín a la agencia que contratamos, pero me explicaron que no podían hacer nada, que esa situación se salía de sus manos. Nos quedaríamos sin visitar el centro arqueológico Machu Picchu, a no ser que los padres pagaran la entrada nuevamente, una noche más de hotel y el impuesto que cobraba la aerolínea por cambiar los tiquetes para el día siguiente. Esos momentos fueron horribles: las llamadas, la tristeza, el silencio. A todos se nos quitó hasta el apetito. En medio de todo esto, Gloria, una de las acompañantes adultas, propuso:

—¿Por qué no rezamos el rosario?

—Sí, hagámoslo para que Dios permita que podamos ir a Machu Picchu —dijo alguien más.

—Muchachos, no tengo problema —les dije—, mientras todos lo hagamos con fe y respeto.

Y así fue. Esa noche no dormí. Para acabar de ajustar, el guía nos dijo que debíamos regresar a Cusco inmediatamente porque si cerraban la carretera sería imposible salir de Ollantaytambo. Salimos nuevamente hacia Cusco. Fueron como tres horas de viaje. Llegamos en la madrugada al hotel donde habíamos estado la noche anterior, pero ya no había habitaciones, entonces nos acomodaron en algunas salas y dormimos en el piso el resto de la noche.

Al otro día conversamos y tratamos de encontrar soluciones. Los padres aceptaron pagar el excedente para que pudiéramos ir a Machu Picchu, al igual



que los adultos acompañantes. Nadie me dejó sola, todos me apoyaron. Nos dimos cuenta de que había valido la pena tanto esfuerzo.

Al día siguiente, solucionada la dificultad, nos llevaron a Machu Picchu. El viaje fue en tren. Mientras viajábamos, Jacobo me dijo:

—Profe, uno cree que solo Colombia tiene problemas sociales, pero acá la gente también hace paros.

—Jacobo, en muchas partes del mundo hay problemas sociales.

—Sí, hay hambre, pobreza e inconformidad del pueblo.

Al llegar, la majestuosidad se hizo notar. Los estudiantes miraban abismados. José David Serna, un estudiante callado, serio y observador, expresó: "Profe, es increíble la precisión con que está puesta cada una de las rocas. El sistema de riego, el acueducto y alcantarillado también son sorprendentes. Esto no pudo ser creado por hombres, sino por extraterrestres".

Todos estábamos recorriendo, tomando fotos, hablando y escuchando los relatos. Veíamos extranjeros hablando en diferentes idiomas: inglés, francés, italiano, portugués y otras lenguas que ni sabíamos de dónde eran.

Ese día, las actividades fueron asignadas por parejas, y cada una compartía los resultados con el resto del grupo. En Machu Picchu el reto era tomar una fotografía que nos motivara, y que nos permitiera explicar rasgos históricos y culturales del lugar. Nos pusimos de acuerdo: Felipe se encargó de tomar las fotos y yo anotaba las descripciones. Fue muy emocionante ver a los estudiantes del Club preguntando y hablando con el guía.

Los dos estábamos bien entretenidos, cuando de pronto se me acercó David Rhenals y me comentó: "Martha, Dilia está enferma, tiene mareo y deseo de vomitar". Ya nos habían hablado de la posibilidad de que nos diera soroche, y según los síntomas que David describía, Dilia tenía el mal de altura. Inmediatamente le avisamos al personal disponible para atender las emergencias. La bajaron en camilla, y ya no la volvimos a ver hasta llegar al tren. Los estudiantes estaban angustiados y preguntaban por ella. Gracias a Dios ya estábamos terminando el recorrido cuando se enfermó. Al final nos reunimos todos. Dilia estaba soñolienta, pero lúcida.

Al regresar al hotel expusimos nuestro trabajo: una foto panorámica de Machu Picchu que retrataba su grandeza, y que se sumaría al álbum fotográfico del Club. En el viaje de regreso se notaba que estábamos cansados. A pesar de todo, se escuchaban murmullos: todos hablaban de lo que sucedió en el viaje, de las responsabilidades académicas que los esperaban y también del deseo de ver a sus familias.



Cuando llegamos a Medellín, los papás y nuestras familias estaban inmensamente felices de vernos. Los abrazos y agradecimientos no se hicieron esperar. Esta vez la frase más repetida fue: "Profe, ¡Dios la bendiga! Muchas gracias por llevarlos a vivir esa experiencia". La mamá de Jacobo preguntó: "Profe, ¿cuándo será la próxima aventura?".





Claudia Victoria **Llano Restrepo**

Tita. Así, con ese apelativo simple, la llaman desde sus entrañables amigos hasta sus estudiantes, los universitarios y los chiquitos. Estos últimos son los protagonistas del "Programa Sofía", una creativa y rigurosa propuesta metodológica que construyó para la enseñanza de la filosofía a los niños. Y valga decirlo: no es historia de la filosofía, es filosofar; que con esa capacidad innata de cuestionar, reflexionen sobre la nada o el ser o el estar... y otras cuestiones esenciales del ser humano. Ella, convencida de que "el hombre es libre y posible", es una mujer inspiradora, como fue su maestra de escuela, María Luz González Escobar, a quien dedica el siguiente relato.



A la maestra que me miró



Aquel jueves de julio fui a tu oficina sin ningún afán de resolver algo de trabajo, solo quería llorar por penas de amor y encontrar en ti consuelo. Mi mamá me lo había sugerido porque ya no soportaba mi tristeza. Ahora éramos colegas y nos podíamos mirar de frente, sin que dejara de reclinar mi cabeza por la admiración que te profesaba —y te profesaré por siempre—. Ambas éramos controversiales, teníamos valentía, arrojo, creatividad. Lo que nos unía, creo, está expresado en palabras de Fernando Pessoa: "El mundo lo mueven los soñadores, no los realistas". Eso éramos las dos: valientes soñadoras de la educación.

—¿Cuál es tu sueño, Tita? —dijiste mientras nos despedíamos en la puerta de la rectoría, tu oficina.

—Enseñarles filosofía a niños —respondí inmediatamente.

—Hazlo aquí. Yo te entrego mis niños.

Aunque era el año 2001, evoqué casi tres décadas atrás, cuando a mis once años, durante un acto cívico, tú hiciste que saliera frente a todas mis compañeras del colegio para regalarme tu libro *Mujer, liberación y destino*. Fue tu premio porque yo había escrito, para tu gusto, la mejor definición de mujer. Desde ese momento quedé comprometida el resto de mi vida a no defraudarte: ¡no podrías arrepentirte nunca de haberme mirado a mí, entre todas mis compañeras!

Nos juntó la vida en la Normal Antioqueña, donde ingresé al grado sexto con la temprana vocación de ser maestra, una idea que solo mi mamá apoyaba, pues había provocado burlas en mis



hermanos y desaprobación en mi papá. Aun así, logré graduarme en 1979 como bachiller pedagógico, cuando ya tú eras Secretaria de Educación. Te supliqué por puro romanticismo que no usáramos tus influencias, pues quería que me mandaran a una institución lo más alejada posible para vivir esas experiencias relatadas por mis grandes maestras. Pero a ti te parecía peligroso, así que me asignaron a la Escuela Unitaria Piedra Gorda, en el corregimiento Santa Elena, en Medellín. Ejercí allí tres hermosos años, hasta que fui víctima de una bala perdida de ese Medellín del narcotráfico, y el miedo me hizo huir a México. En ese país estudié fonoaudiología y años después regresé a Colombia, donde, como vocación tardía, estudié filosofía.

Ahora, a mis 39 años, tu generosidad volvía a mí con el ofrecimiento de entregarme tus niños para cumplir mi sueño, que también era tu sueño. El martes siguiente a nuestra conversación, ya estaba a tu lado, contratada por el Colegio San José de las Vegas de Medellín. Confiaste en mi aventura, María Luz, como confían las personas visionarias. Yo solo tenía mi formación filosófica y pedagógica, y únicamente les había enseñado filosofía a adultos universitarios.

Me presentaste ante los niños como *Tita*, como me llamabas desde niña. Y así me vi, de pronto, en un aula de clase con veinticinco niños, ellos y yo sentados en el piso, en círculo, platicando. Era como si allí estuviéramos tú y yo, y Platón, Epicuro, Aristóteles y Sócrates, todos los que lucharon para que la filosofía fuera un saber para la vida, "para iluminar, no para obnubilar", como tú decías. Por eso puse mi corazón ante los niños, vacío para ser llenado. Y así, escuchándolos, mirándolos a los ojos, fui aprendiendo, dejé que nos esculpiéramos mutuamente: ellos a mí como enseñante, yo a ellos al resguardarles esa capacidad innata de hacer preguntas y asombrarse.

Muy pronto los niños empezaron a incluir en sus conversaciones conceptos filosóficos. "Yo no soy necio, estoy necio, que es muy distinto", dijo en alguna ocasión Nicolás Gómez, aplicando hábilmente la diferencia entre ser y estar. "Papá, ¿me vas a pegar porque crees que yo hice eso o porque lo sabes?", me contó, sorprendido, el papá del pequeño Santiago Orozco, quien no dudó en usar lo que había aprendido sobre creer y saber, para defenderse ante un castigo anunciado.

Supiste de mis descubrimientos tempranos cuando empecé a identificar aquello que a los filosofitos les gustaba: que la clase tuviera nombre, que el nombre fuera provocador o extraño, o en otro idioma como el griego y el latín. La filosofía les fue llegando por la risa y el placer, por eso siempre he defendido que el maestro de ella debe ser alegre.



Alcanzaste a ver una de las actividades más apreciadas por los niños, la que realizaba con el grado jardín: el Paseo peripatético. Su ritual de preparación incluía varios elementos: una sabanita blanca a modo de túnica usada en la Grecia antigua; un recorrido por las zonas verdes del colegio, filosofando como Platón y Aristóteles; dos círculos pintados con lápiz alrededor de los ojos, para ver mejor; la boca tapada con una cinta con la leyenda "Estoy pensando", para que nadie los interrumpiera; unas orejas grandes de cartulina o plástico, para que escucharan atentamente; y una coronita de laurel en la cabeza, que evocaba a los griegos.

Al paseo, además, llevábamos canastas repletas de comida "griega": pan, queso, aceitunas, manzanas, naranjas y vino.

—Tita, ¡esto no es vino! —decían los niños.

—Sí, filosofito, sí es vino, es que es vino al revés, ya volvió a su origen, a ser uva —les explicaba para seguirles el juego.

—Ay, Tita... ¡tú sí eres...! —se burlaban ellos, mientras seguían bebiendo el jugo de uva.

Durante el paseo nos sentábamos a reflexionar sobre el tema elegido y luego los estudiantes escribían con tiza, en sus tablas de yeso, lo que pensaban al respecto. Enviaba luego esas frases a los padres de familia, que se divertían leyendo las genialidades de sus pequeños. Ese paseo peripatético lo terminábamos con un brindis. Las copas se levantaban y cada niño decía su deseo: "Brindemos porque todos digamos siempre la verdad"; "Brindemos por la paz que da felicidad", recuerdo que dijeron algunos cuando hablamos de verdad y paz.

Aún conservo en mi mente y mi corazón, María Luz, algunas de esas genialidades de nuestros filosofitos, como empezamos a llamarlos. Felipe Espinal, de cachetes rozagantes, dijo en alguna ocasión que "filosofar es soñar con los ojos abiertos". ¡Y qué tal la conclusión a la que llegó Laura Morales!: "Si tú te mueres, te mueres y ya no puedes vivir aquí". Susana Mora se la refutó y le dijo: "La muerte se devuelve en el cielo... porque la muerte es un sueño eterno, como si Dios nos hiciera dormir y despertáramos en el cielo". Por su parte, María Clara Correa, insistente y cuestionadora, aseguró en otra de las clases: "Solo si uno fuera único en el mundo podría vivir sin reglas, porque ya no habría con quien compartir".

Ese fue durante mucho tiempo mi único tema de conversación: las anécdotas con los filosofitos. Recuerdo tu favorita:

—¡Bueno! —te contaba que les había dicho a mis estudiantes después de una larga introducción en la clase—, es claro que algunos de ustedes piensan



que estos no son lápices, sino colores, a pesar de que en la caja dice "lápices de color". Pero otros piensan distinto, y como hay dos posturas, tendremos una disputa filosófica.

—¿Qué es eso, Tita? —preguntó uno.

—Una pelea —respondí yo—, ¡vamos a pelear, pero con la cabeza!

No había terminado la frase y ya estaban dándose cabezazos entre sí e incluso golpeándose a mí. Yo gritaba para detenerlos, pero se sentían felizmente autorizados, por la profesora, para darse golpes y decir groserías: "Dis... puta", gritaban. Años después, los niños recordaban esa clase y me preguntaban con picardía: "Tita, ¿cómo es que se llama la clase de la dis... dis... qué?".

Cada nueva actividad me fue dando a entender la necesidad de parafrasear, de preguntar de distinto modo, de que fueran ellos los que preguntaran. También me di cuenta de que había que materializar, que los niños necesitaban ver lo que estaba en sus mentes. Así empecé a usar metáforas y símbolos. Y les puse un nombre a las clases: Que viva el dedo pulgar, Los sacasue-



ños, Adentro y profundo, Iguales pero diferentes, Rosa para los niños y azul para las niñas, y muchos nombres más.

¡Cómo habrías gozado con la clase taller que nombré El hueco del pandequeso! En ella reflexionaba con los niños sobre el concepto de la nada. Ellos discutían sobre si el centro del pandequeso era o no pandequeso, o si lo debían llamar aire o "no pandequeso". Las controversias que generaba se convertían en argumentos y conclusiones, como la de Daniel Vargas, que alegó que "la nada no era nada, porque si existía, entonces no era nada". Eso, Sebastián Encinales —bien peinado y preguntón de tiempo completo—, lo refutó con las manos en la cintura: "Si la nada no es nada, entonces, ¿de qué estamos hablando?".

Los niños se acercaron amorosamente a la filosofía. Empezaron, incluso, a utilizar nombres de filósofos que escuchaban en nuestras conversaciones. Diego pasó a ser Diego Anaximandro, Nicolás tomó el apellido "de Cusa", por mencionar solo dos. Ya te imaginarás la lidia que me daba no solo recordar veinticinco nombres verdaderos, sino también sus seudónimos.

Guardo en mi corazón, María Luz, aquellos meses de finales del 2002, cuando ambas nos embarcamos en la tarea de hacer realidad una actividad que se convirtió en un hito en la historia de esta aventura: hacer un simposio para los niños y niñas de tercero de primaria. Todo un evento académico, con conferencias dictadas por los mismos niños y por docentes de otras áreas, ya encantados con el programa.

"El porqué de la filosofía" fue la conferencia inaugural, que tú ofreciste bellamente. Después vinieron "Qué genio el de estos cuatro tipos", que abordó la teoría de los cuatro humores de Hipócrates; "Apunten... ¡fuegoooo!", que se enfocó en reflexionar sobre la guerra; "Lo bueno, lo malo, lo bonito y lo feo de los gordos y los flacos"; y "María profetisa", que contó la historia de la alquimia.

También tuvimos un particular ágape. "¡Nos engañaste, Tita! —me reclamaron algunos niños—. Este almuerzo es un sofisma, dizque sánduche y papitas envueltos como tamal". Les expliqué, entonces, que se trataba de un llamado para que vieran diferente y soltaran los prejuicios.

Con disfraces, objetos y símbolos, nuestro gran evento nos sirvió para recordar a muchos filósofos que dieron la vida o sacrificaron su comodidad por la humanidad. Ahora que lo pienso, esta enseñanza de la filosofía en un contexto social como el de Colombia, de guerra, de exclusión, pobreza, injusticia y violencia, es un aporte a la paz, al atreverse a pensar, a argumentar y defender la verdad como lo hizo Luis Fernando Vélez, el profesor de Medellín,



defensor de los derechos humanos como tantos filósofos, cuyo asesinato te alcanzó a tocar a ti en la década de los ochenta.

¿Por qué traigo su memoria a esta carta? Porque todo ese trabajo que realicé con los niños me hizo merecedora, en el 2014, de la Medalla Cívica Luis Fernando Vélez Vélez, en el Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación. Fue el 12 de noviembre, la misma noche en la que yo me encontraba en Buenos Aires, Argentina, presentando en el Congreso de la Organización de Estados Iberoamericanos mi experiencia pedagógica con los filosofitos. Cuando salí de la inauguración en el Teatro Gran Rex, en la calle Corrientes, vi el mensaje en mi celular: "¡Ganaste, Tita! ¡Ganaste!", y sentí alegría y a la vez tristeza por no poder estar allí.

Ganamos tú y yo, María Luz, ganó la filosofía y ganó la ciudad, porque como dijo el mismo Luis Fernando Vélez, "El único enemigo es aquel con quien no podemos ejercer la sublimación de la palabra y su fuerza regeneradora, su poder revivificante; es aquel con quien no podemos dialogar". Por ello creo que este sueño nuestro, este dejar tiempo en la academia para filosofar, este



madrugarle a la reflexión desde la temprana edad, es sembrar otro futuro para las nuevas generaciones. Lo compruebo cada vez que reviso mis archivos y veo cómo se entretajan las palabras de los filosofitos con las del profesor Vélez, con las tuyas, con las de nuestros héroes de calle y de batalla, y con mis propias luchas. ¿Acaso no es una esperanza saber que un niño de apenas siete años afirme que "una pistola tiene poder, pero no autoridad"?

Y de autoridad, tú fuiste ejemplo. Nada para ti era difícil cuando de crear y recrear la educación se trataba. Mi sueño dio esos frutos porque nunca puse freno a mi torrente de ideas y así, con una rectoría que dirigía desde la filosofía, todo fue muy fácil. Lo difícil vino luego: cuando moriste físicamente, en el 2003. Ya sin tu presencia, quedé yo para defender nuestra aventura. Durante dos años vi cómo algunos entendían nuestro proyecto y otros no, pero yo volvía a empezar. Algunos directivos también cuestionaron que los enseñantes de filosofía pidiéramos tiempo para la planeación y creación de las clases-taller, o solicitáramos tanto material, o que no siguiéramos la rutina, no usáramos los salones y el mobiliario de la manera acostumbrada.

Sin embargo, hubo siempre otros que acompañaron mis sueños, los papás, los estudiantes, otros maestros y en especial los enseñantes John Quintero, Andrés Machado y Jorge Quintero, mis aliados. Justamente, para el 2005 logramos un equipo conformado por cuatro creyentes y apasionados enseñantes de filosofía. Fue en ese año cuando el colegio me presentó al Premio Compartir. Entre 1.600 postulaciones de todo el país, quedé yo, tu alumna, entre los mejores 18 maestros finalistas al título de Gran maestro de Colombia.

Ese reconocimiento sirvió para allanar por otros casi tres años el camino del proyecto. Vino la prueba de fuego de su validación, para la cual nuestros compañeros de otras áreas observaban las clases-taller y decían si el tema, el nombre, el material y las actividades eran adecuados. Durante dos años consecutivos, 2005 y 2006, las clases fueron observadas y registradas en fichas técnicas. Gracias a esa metodología se pudo validar el programa y ahora sabemos qué clase-taller sirve para cada edad y de qué manera se debe realizar. Es decir, María Luz, que nuestra aventura puede ser realizada por cualquier docente de filosofía en cualquier parte.

Pero, además, debo contarte que surgieron ideas para involucrar a toda la comunidad educativa en el proyecto. Sofía en el celuloide, encuentro para ver y filosofar el cine; en el Banquete las estudiantes de noveno, vestidas a la usanza griega antigua, compartían viandas de la época y galletas en forma de signo de interrogación, y presentaban como ofrenda a la diosa Minerva sus preguntas de infancia escritas meses atrás, y ahora clasificadas en todas las

áreas de la filosofía. Docentes de otros colegios quisieron conocer la experiencia, y para ello hicimos la llamada Aula abierta; también creamos una modalidad para compartir la experiencia con colegios menos favorecidos. Y por la hermosa petición de los empleados de servicios generales se creó el Café filosófico, una especie de tertulia para reflexionar los eternos problemas del hombre, sugeridos por los mismos participantes; el Café fue primero con ellos y luego con estudiantes, padres de familia y docentes.

Hace pocas semanas, Laura Giraldo Sierra, una exalumna que hoy estudia ciencias políticas, me envió una carta:

Hola, Tita. Fui tu alumna cuando tenía 8 años y hoy es el día que todavía me acuerdo cuando me enseñaste del oráculo de Delfos. Es increíble cómo se queda implantado en la memoria con tanto detalle lo que le enseñaron a uno por medio de experiencias. Todos estos recuerdos han llegado a mi mente ahora que estoy en la universidad, ahora que estoy viendo clase de filosofía y estoy tremendamente enamorada de Sócrates. Cuando me pregunté de dónde salió mi phylein sophos, fue claro: desde que tenía 8 años y me enseñaron a asombrarme. Quería darte las gracias, gracias infinitas por haberme enseñado a asombrarme, a buscar siempre respuestas, a amar el conocimiento. Gracias por haber terminado siempre la clase con un "Sofía te acompañe". Espero me siga acompañando.

Parafraseando la forma paísa "Que la virgen te acompañe", me dio por despedirlos siempre con un "Que Sofía te acompañe".

Mucho más habría para contarte, maestra. Quiero confesarte que ahora pienso que el programa debe seguir. Debe salir de los muros, ir por las calles





y otras instituciones, para ayudar a construir ciudadanía, para hacer historia. Que la fuerza de tu espíritu, María Luz González Escobar, nos ayude a ello. Tú estabas segura de que cuando los estudiantes llegaran al grado once no se les haría extraño escuchar palabras como "arkhe, epoge, dassein, doxa". Y sí, no lo pudiste ver, pero efectivamente nada de eso les fue extraño. No tenías la menor duda de por qué apostarle a la filosofía desde temprana edad, lo sabías por tu formación como doctora en Filosofía, y también por tu formación humanista como psicóloga y activista política y social. Lo vaticinaste en el prólogo que escribiste, antes de morir, para el libro que publiqué sobre la metodología de mi proyecto, que finalmente llamé *Programa Sofía, filosofar con niños, filosofar con todos*:

Niños y niñas jugando con los instrumentos de la sabiduría, mediante una lúdica que exige musculatura del alma y perspicacia del entendimiento. La vida podrá estar cansada de preguntas, pero nunca vacía de respuestas; serán personas críticas, untadas de raíces, plenas de principios. Profesionales humanistas, invitados a todos los banquetes, donde la sabiduría celebre el arte de vivir y el arte de pensar.

Parí el "Programa Sofía" con la compañía y la ayuda generosa, gozosa y desinteresada de mis hijos Simón y Raquel, que creen y dudan de todo. Lo diseñé con la fuerza y la vocación que supieron desarrollarme mis maestras Alicia, Chavita, Olga, Teresa y tú, a quienes debo toda mi pasión por el magisterio. Tener un buen maestro en la infancia es algo que marca como un sello para toda la vida.

Te agradezco infinitamente por haberme permitido —como dice Heidegger— ser lo que yo estaba llamada a ser. Con amor de ambrosía¹ y amaranto², seré tu discípula de ayer, hoy y siempre.

1. Del griego: am, "sin"; *brotos*, "muerte: inmortal".
2. Del griego: a, "sin"; *maraino*, "marchitar: sin marchitar".

Los
Maestros
cuentan



Ganadores Premio Ciudad de Medellín a la Calidad Educativa 2014

1. **Astrid Elena Arboleda**

Maestra de primaria
CE Hogar Jesús Redentor

Nombre del proyecto educativo: "Creando y construyendo
sueños desde un mágico lugar en el cerro"

Correo electrónico: aarboleda78@gmail.com

2. **Eldy Eliana Zuluaga Soto**

Maestra de primaria
Institución Educativa Francisco
Luis Hernández Betancur
Barrio Aranjuez

Nombre del proyecto educativo: "Grupo manos blancas"

Web: www.manosblancas.weebly.com

Correo electrónico: eldyzuluaga@yahoo.com y
ezuluaga@iefranciscoluis.edu.co

3. **Martha Ligia Restrepo Henao**

Maestra de secundaria
Instituto San Carlos
Barrio Belén

Nombre del proyecto educativo: "Club de historia y geografía"

Correo electrónico: march1312@hotmail.com

4. Claudia Victoria Llano

Maestra de primaria
Colegio San José de las
Vegas
Barrio El Poblado

Nombre del proyecto educativo: "Investigación y experiencia programa SOFIA"

Correo electrónico: claudia.llano@sanjosevegas.edu.co

5. Astrid Elena Cano Zapata

Maestra de primaria
Institución Educativa Ramón
Múnera Lopera
Barrio El Raizal, Manrique Oriental

Nombre del proyecto educativo: "Investigaciones matemáticas en el aula"

Correo electrónico: astridcanoz@hotmail.com

6. Silvia Luz Marín Marín

Maestra de primaria
Institución Educativa Rafael
Uribe Uribe
Barrio La América

Nombre del proyecto educativo: "Sembrando semillas de ciencia para la vida"

Web: semillasyciencia.blogspot.com

Correo electrónico: silvialuzmarin@gmail.com

7. Verónica Valderrama Gómez

Maestra de primaria y
secundaria
Colegio Calasanz
Barrio Calasanz

Nombre del proyecto educativo: "Plataforma erudito"

Correo electrónico: veronicavalderramagomez@gmail.com

8. **Ana María García Gómez**

Maestra de primaria
Institución Educativa Antonio
Ricaurte
Barrio Belén Rincón

Nombre del proyecto educativo: "Las habilidades comunicativas en el castillo del saber"

Otros miembros del equipo: Nora Elena Bejarano Bahamón,
Patricia Arango Lopera

Correo electrónico: anamgarcia33@hotmail.com

9. **Luz Marina Rodríguez Agudelo**

Maestra de secundaria
Institución Educativa Presbítero
Antonio José Bernal Londoño SJ
- Sede Principal
Barrio Acevedo

Nombre del proyecto educativo: "Construyendo futuro"

Correo electrónico: luzmarinara2006@yahoo.es

10. **Libia Esperanza Valencia Castiblanco**

Maestra de primaria
Colegio Montessori
Barrio El Poblado

Nombre del proyecto educativo: "Programa curricular de orquesta sinfónica"

Otros miembros del equipo: Luz María Arango García

Correo electrónico: asesorartes@montessori.edu.co y
asesoramusica@montessori.edu.co

11. Catherine Molano Correa

Maestra de primaria y
secundaria
Instituto San Carlos
Barrio Belén La Gloria

Nombre del proyecto educativo: "Plan lector"

Otros miembros del equipo: Sor Silvana Vélez Álvarez, Justine Colorado Gutiérrez, Diana Patricia Palacio Medina

Correo electrónico: sorsilvanavelezalvarez@hotmail.com

12. Juan Diego Restrepo Escobar

Directivo docente
Institución Educativa Sol de
Oriente
Barrio Villa Hermosa

Escudo Ana Madrid Arango, categoría oro

Correo electrónico: juandrestrepoe@hotmail.com

13. Gloria Irene Madrigal Ramírez

Directivo docente
Inem José Félix de Restrepo
Barrio El Poblado

Escudo Ana Madrid Arango, categoría plata

Correo electrónico: inemgrado08@une.net.co

Créditos de los talleres de escritura

Los maestros cuentan es el resultado de una serie de talleres realizados por Concepto Visual Comunicaciones, con el propósito de sistematizar, a partir del método autobiográfico, las experiencias personales y colectivas que propició el Premio Ciudad de Medellín a la Calidad de la Educación, año 2013 y 2014. Los encuentros se efectuaron en septiembre de 2015, en el auditorio del periódico El Colombiano.

Idea original y dirección:

Patricia Nieto. Periodista, profesora de la Universidad de Antioquia

Productor ejecutivo:

Jorge Mario Betancur. Periodista e historiador

Periodistas acompañantes del proceso de escritura:

Lina María Martínez Mejía
Ana Bedoya Builes
Luz Adriana Ruiz Marín
Margarita Isaza Velásquez
Natalia Maya Llano
Katalina Vásquez Guzmán
Pedro Correa Ochoa
Víctor Andrés Casas Mendoza
Camilo Jaramillo
Róbinson Úsuga Henao
Juan Camilo Castañeda Arboleda

En sus manos tienen el resultado de un proceso de escritura autobiográfico de varias semanas, que permitió sistematizar las historias de vida y las prácticas pedagógicas de los maestros ganadores del Premio ciudad de Medellín a la Calidad Educativa 2014.

Son 13 relatos que narran una parte esencial de la vida de quienes han entregado el alma para hacer de los niños y jóvenes de Medellín, ciudadanos que aporten a la construcción de una sociedad más justa y democrática. Cada uno de estos maestros se desenvuelve en contextos disímiles, no obstante, desde diferentes saberes y áreas del conocimiento han logrado transformar la vida de sus estudiantes construyendo con ellos aprendizajes significativos.

Para la Secretaría de Educación de Medellín y la Fundación Proantioquia, es de gran relevancia entregarle a la ciudad esta publicación que constituye, no solo un reconocimiento para los maestros protagonistas de estos relatos, sino también un aporte para la calidad educativa de nuestro territorio.

Aliados



Teleantioquia
mi canal

tele**medellín** HD
aquí te ves

Coordina



Alcaldía de Medellín